

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,

LLEVADO A DOMICILIO.

Seis meses. 15 reales.
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la Administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bally-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11. En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 reales.
Un año. 38 »

Los Sres. Suscritores, cuyo abono concluye en 30 de Setiembre, se servirán renovar oportunamente su suscripcion, para que no sufran retraso en el recibo del SEMANARIO.



Permitidme que le dé un beso á esta hermosa niña. (Pág. 610, columna 2.ª)

EL SEÑOR PAINCUI

NOVELA ORIGINAL

DE MR. ASSARDON.

TRADUCIDA

POR D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el n.º 38).

—¡Amar yo!..... seria mi pérdida inevitablemente! Mirad, ya habeis visto al que en este momento ronca en esa pieza inmediata; pues bien, ¡ni siquiera beberia en su vaso! Apenas sé quien es, y no me atreveria á llamarle por su nombre de bautismo, porque lo ignoro. Creo que

debe ser un criado de una buena casa, ó una especie de hombre de confianza que engaña á sus amos. Me adora, hago de él todo lo que quiero. Seguramente que no me costaria mas trabajo que lo que me cuesta el beberme esto, añadió, llenándose una copa de aguardiente de Dantzig. ¡A vuestra salud, buen hombre! dijo antes de llevárselo á los labios con aire socarron, y cuando lo hubo desocupado, añadió: Ahora volvamos á uno de vuestros argumentos, que no deja de agradarme. Me habeis preguntado si habia amado; pues bien, os digo que sí: ¡ah! era un chico guapísimo, mas penetrante que instruido, y mas vanidoso que sensible, ¿pero qué quereis? lo amaba tal cual era; pero él no me amaba mucho;

mas á causa de unos celos bien representados, á pesar de su perspicacia, lo puse mas humilde que un cordero, y hoy me calza mis chinelas, me besa en la frente, y me llama su ángel bueno; porque para atizar una pasion en el corazon de ciertos hombres, no hay cosa mejor que tener una reyerta. Es encantador y me divierte mucho con él; pero como no le queda ya ni una blanca, me entretengo en desplumar algunos de sus amigos de tiempo en tiempo; y os aseguro que está hecho todo un filósofo. Pero será necesario que me pague algun dia todo lo que me ha hecho sufrir, ó que me enlace decididamente á ese holgazan; es decir, que se case conmigo. Si no, como es hijo de buena familia, encontraré

medio de hacerle perder en el juego aguijoneando su vanidad; le prestaré dinero, me dará un recibo de cinco ó seis mil francos, y como estoy segura que el día de su vencimiento no me pagará, lo haré conducir á Clichy, que es el monte de piedad de las personas que no tienen ya nada que llevar á dicho establecimiento. Entonces me reiré á mis anchas, porque cuando se ha apurado una botella, lo mejor es romperla. ¡Oh! por mas que me mireis de esa manera, repuso ella levantando la voz, os diré que no amaré nunca, ¡nunca! ¿lo entendeis? Además, aunque quisiera, no tengo tiempo para amar; y si siento que hay algo en mi corazón que no sea la indiferencia cuando estoy al lado de alguno, lo dejo al momento por otro nuevo, que es el mejor modo de sustraerse al imperio del niño ciego. Además, creedme si quereis, y si no dudad de lo que os diga; pero á pesar de todo, soy demasiado honrada. Y si no preguntádselo á mi conserje, que es un hombre casado; interrogad á mis abastecedores. ¡Oh! si las tuviera aquí, ya os enseñaría todas mis cuentas pagadas. Es un concierto de elogios el que entonan en mi barrio sobre mi honradez; y luego añadió: ¿quereis que os diga una cosa? pues bien; se conoce á la legua que desconocéis la sociedad actual.

A medida que aquella viciosa criatura, dotada de un cinismo tan repugnante, explicaba sus ideas con la animación que le daba su odiosa cólera, cambiaba su fisonomía, y yo también sentía que me iba incomodando. Me levanté pues, di una vuelta por la habitación antes de responderle, y cuando fui dueño de mí mismo, me acerqué á ella y le dije:

—No quiero calificar vuestras palabras; pero, sin embargo, voy á contestáros. Señora, ni conocéis la verdadera felicidad de esta vida, ni habeis querido conocerla. La verdadera felicidad cuando no se tiene fortuna, consiste en emplear nuestras facultades intelectuales en un trabajo lucrativo. Ese es el solo medio de encontrar un descanso agradable, que es el fruto de nuestra laboriosidad y nuestras buenas acciones; y entonces, señora, es cuando figura nuestro nombre entre el de las gentes honradas: ¿me entendeis?

—Señor consejero, dadme un oficio que me produzca tan solo tres francos diarios, y veréis si titubeo en abrazarlo al momento: desgraciadamente no los hay para una infeliz mujer, repuso interrumpiéndome con un gesto y un suspiro teatral.

—¡Es falso lo que decis! enteramente falso! sobre todo para las mujeres de inteligencia como pareceis serlo. Cuando estas se aplican incesantemente á un ramo cualquiera, ya pertenezca á la industria ó las artes, consiguen, á fuerza de trabajo y de constancia, una habilidad que se paga bastante cara. Una jóven valerosa que se distingue de ese modo, se da á conocer; el círculo de sus conocimientos se ensancha poco á poco, y como la honradez busca la honradez, no falta nunca un jóven que sea también laborioso y que la ame en secreto, concluyendo por pedir su mano. Entonces el matrimonio se efectúa, recobran nuevo valor, adquieren mas economía, y al cabo de algun tiempo se crea una nueva casa. Es muy raro que haya un buen establecimiento, cuyo principio no haya sido ese; así como es

general que las modistas cedan su establecimiento á sus primeras oficiales, aunque estas no tengan un cuarto, porque saben que su casa seguirá prosperando; y en este inmenso Paris, siempre hay casas para las personas buenas é inteligentes. No señora, la verdadera causa que inunda Paris de jóvenes perdidas, es la pereza, el deseo de figurar, la sed de lujo y los malos conocimientos. En otro tiempo casi no se permitía que dichas mujeres ocupasen en los teatros las primeras localidades; pero en el día todo lo invaden con un descaro inaudito. Apercibis en los paseos públicos esas elegantes de baja esfera, ostentando un lujo desenfrenado que apenas sería tolerable en artistas de primera clase. Esos seres impuros gastan carruajes magníficos, empolvando ó llenando de lodo á las familias honradas que van á pié, y paseándose al lado de las familias mas nobles de la Francia. Entonces se ve á las jóvenes mas principales bajar los ojos y sonrojarse abochornadas á su contacto; y en eso consiste el verdadero insulto, pues la pureza no puede luchar con el vicio. El día en que se les impida el salir solas, serán lo que deben ser; porque ningun hombre honrado querrá darle el brazo en público. Os reis, señora, porque esa vida os parece mas feliz que la del trabajo de que os he hablado antes; pero si la una no es muy poética, la otra no es muy seductora. Dichas mujeres se creen buenas y sensibles, porque sus ojos se llenan de lágrimas en el teatro, en vista de las desgracias ficticias de una actriz inteligente, cuando desempeña un papel sentimental; pero por dura que sea la lección, no se aprovechan de ella. No, no; no serian capaces de levantar un dedo para cambiar en lo mas mínimo su modo de vivir, y si se estremecen es por el placer de llorar. Vos, que os reis de todo y no creéis en nada, ¿habeis dormido alguna vez como esa hermosa y honrada mujer que descansa al lado nuestro? No lo creo. La he visto criarse, he visto nacer sus amores, conozco las luchas que ha tenido que soportar, y sé lo mucho que la ama su esposo y el cómo ella le corresponde. Y esto sin ficción, con un sentimiento real y verdadero, y no dudo que llegará un día en que venzan las dificultades que se oponen al bienestar material á que aspiran. Y cuando ya los años amortigüen las pasiones, esa hermosa niña que tiene en sus brazos, será, sin rival, el objeto de todo su cariño, y hasta ocupa ya en su corazón el lugar que le corresponde. En fin, día llegará en que ese sentimiento, trasformándose en sí mismo, esa criatura habrá llegado á la edad de la razón, y conducirá de la mano á sus padres encorvados bajo el peso de la vejez, como si los ancianos se hubieran vuelto de la edad que ella tiene ahora. Eso es lo que produce el trabajo, la voluntad de hacer el bien, el amor y la oración. Vos podréis morir en una hermosa cama de caoba guarnecida de cortinas de raso; pero bien se puede apostar diez contra uno, le dije atacándola de frente, que si la enfermedad no os destruye siendo jóven aun, iréis á morir al hospital; pues el vicio concluye en la esfera del trabajador miserable.

Apenas oyó esta última frase, aquella criatura se levantó pálida, temblando de furor, y me indicó la puerta con el gesto y con la mirada.

—¡De rodillas, señora! de rodillas, en nombre

de Dios, á quien estais ofendiendo, y en nombre de la sociedad, de la gente honrada, á quien ultrajais! exclamé.

Y mientras le decia estas palabras en alta voz, me adelanté hácia ella, y cogiéndola por la muñeca la incliné hácia el suelo. No sé la cólera que debió contener mi actitud y mis palabras; pero lo cierto es que me miró con estupor y me obedeció sin murmurar ni una palabra. Magdalena, despertada indudablemente por el sonido de mi voz, corrió hácia ella y la levantó.

—Señor cura, perdonad á esta desgraciada, me dijo estrechándola en sus brazos, vos, siempre tan bueno, ¿me negaréis esta gracia? ¡Jesus, Jesus! nunca os he visto tan irritado!

—Vámonos, Magdalena, dejemos al momento esta mansión de la infamia. Y vos, señora, hacenos abrir esa puerta, le dije imperiosamente.

La jóven obedeció, tomó una bujía y marchó ante nosotros. Magdalena habia vuelto á tomar á su hija en brazos, y Juan, no solo nos habia abierto la puerta de la habitación, sino también la de la calle.

—No me desprecieis demasiado, le decia la jóven á Magdalena en voz baja, mientras bajábamos la escalera.

—Cambiad de vida, señora, le dijo dulcemente esta; arrepentios, volved á la senda de la virtud y trabajad.

—Ya no es tiempo, ahora conozco mi falta; pero dentro de poco, crearé, hermosa aldeana, que sois vos la que os equivo cais. Sin embargo, antes de dejáros, permitidme que le dé un beso á esta hermosa niña que está dormida: un solo beso que deje en sus mejillas, me hará mucho bien.

Magdalena le alargó la criatura, y despues subió vivamente la escalera.

El día principiaba á asomar entre las nieblas matinales; la nieve se habia derretido, y el viento que corria la noche anterior, se habia apaciguado. Marchamos, pues, á buen paso, y Magdalena habia recobrado todo su vigor.

—¿Qué teneis? le dijo viendo que se detenía.

—Es que sentia algo que me pinchaba, y creia que era un alfiler, me dijo sacando del corpiño de su vestido un objeto que puso entre mis manos.

—Esa mujer os ha metido diestramente entre los pliegues de vuestro vestido, un recuerdo simbólico, le dije devolviéndole una sortija muy bonita, guarnecida de pequeños brillantes: tenia por emblema una cruz, una argolla y la serpiente enroscada alrededor de la enseña de nuestra redención tratando de morderla.

—¡Ah! exclamó Magdalena, que emprendió nuevamente su camino.

—Pasamos frente á un cuerpo de guardia situado en la plaza de Maubert; y aproximándose á una caja de madera en la que se leía: «Socorro á los heridos,» echó la sortija en la alcancía de los desgraciados, que casi nunca está llena desgraciadamente: al caer la sortija, produjo un sonido metálico como si fuera una nota plañidera.

—¿No habeis tenido la intención de quedáros con ella? le dije á Magdalena.

—Ni por pienso, señor cura; me respondió con firmeza.

—Le apreté la mano, y esta pasó á Antonieta de un brazo á otro: la niña, sin despertarse, reclinó la cabeza en el hombro de su madre, y continuamos aceleradamente nuestra marcha. Las carretas de los vendedores que nos encontramos nos sirvieron de guía, puesto que se dirigian al mercado, y por lo tanto las seguimos. Después de haber atravesado el puente Nuevo, quisimos evitar el pasar por unos escombros, y tomamos á la izquierda, separándonos, por consiguiente, de la línea recta que debíamos seguir para llegar á la calle de Montmartre. Sin embargo, me separé demasiado, pues nos encontramos en el mercado del trigo, y aquel error nos sirvió de mucho, porque la primera persona que nos encontramos, fué á Belami, el guarda del molino, que, aunque entonces era mucho mas joven, tenían en él bastante confianza en la casa para mandarlo á París, y nos dijo que habia venido con un cargo considerable de harina. Ese chico es poco comunicativo, pero tiene un excelente corazón: ¿lo habéis juzgado así, Daniel? Sin embargo, cogió á la pequeña Antonieta en sus brazos, que lo conocia perfectamente; y hablando y jugando con ella, nos condujo á su posada, sin que pareciera que prestaba atención á la historia de nuestro fatal viaje y nuestra permanencia en París, que se la conté en muy breves palabras. De pronto se detuvo, y volviéndose hácia Magdalena que nos seguia, le dijo bruscamente:

—Tu hombre ha encontrado el dinero que le faltaba, y el notario lo recibió ayer, y te aseguro que las narices del vendedor le van á crecer lo menos un par de varas. Lo cierto es que tendrá que pagar las costas; y en poco estuvo que el padre Crétu no reventara como un cohete cuando supo la noticia. Pero mira, no vayas á decir por allá que nos hemos visto, ni que te he contado la historia; porque yo no dejo de ser un criado, y si me mezclaras en negocios de los amos, me harías un gran perjuicio.

—Aquella feliz noticia nos llenó de alegría. Belami nos hizo entrar en seguida en un patio lleno de carruajes del campo, de carretas, gansos, patos y gallinas, que hormigueaban de aquí para allá, y escarbaban en el monton del estiércol, como si estuviesen en una alquería.

Dió un violento silbido para llamar al mozo de la posada, el cual llegó pocos momentos después saltando como un cervatillo al través de aquella baraunda. Belami le agarró del cuello de la blusa y le dijo:

—Enciende fuego en mi cuarto, pon dos cubiertos con ligereza; y mira lo que haces si no quieres que te acaricie las costillas con una estaca.

Al oír Gátinet aquella orden tan política como amable, desapareció como una exhalación.

—No os hago entrar en la estancia de los viajeros, repuso volviéndose hácia nosotros, porque podemos encontrar gente conocida; y vos, señor cura, sabéis perfectamente que en nuestra aldea hay dos familias que no se quieren ni una pizca; y como os he dicho ya, eso podría ocasionarme una disputa con el padre Crétu. Con que tú, Magdalena, toma á Antonieta, que es una alhaja sin disputa ninguna, mientras bajo las varas de esta carreta. Y como no estás acostumbrada al empedrado de París, apuesto á que te encuentras fatigada, añadió.

El mozo volvió pocos momentos después para avisarnos de que el almuerzo estaba listo, y no tardamos en sentarnos á la mesa. Juzgad con la alegría que obedeceríamos por decirlo así las órdenes de Belami. Magdalena me miraba conteniendo sus lágrimas; pues hacia mas de veinticuatro horas que no nos habíamos desayunado ninguno de los dos; por lo tanto, le hicimos los debidos honores al almuerzo. Belami estaba ante nosotros mas derecho que un huso sirviéndonos lo mejor que podia, y acariciándose la barba de tiempo en tiempo, que es el modo que tiene de esprimir su satisfacción, y luego se volvía de espaldas al fuego separando sus enormes piernas. No recuerdo la conversacion que tuvimos, y hasta creo que estábamos tan ocupados en desocupar los platos, que no nos acordamos siquiera de decir esta boca es mía. Sin embargo, cuando se hubo apaciguado nuestra hambre, me volví hácia Belami y le tendí la mano que me estrechó sonrojándose.

—Ahora, señor cura, me dijo, ya que habéis almorzado, es necesario que tomeis el café, porque sé que os gusta mucho.

Y salió para llamar al mozo sin esperar mi respuesta. Aquel noble corazón me habia impedido que formulase la frase de agradecimiento con que le iba á contestar.

—Gátinet, trae café, le dijo desde que apareció aquel con la servilleta al hombro. ¡Ah! y súbete mis alforjas, le gritó con estentórea voz, pues el chico habia bajado ya las escaleras.

Cuando Gátinet puso el café sobre la mesa y le dió las alforjas que le habia pedido, quiso llevarse el servicio de la comida; pero Belami le dijo con sequedad. Deja la vajilla y anda á ver si estoy abajo. ¡Vamos, ligero!

Y en seguida sacó de las alforjas de cuero una bolsa verde envuelta en un papel.

—Vamos escarbad ahí dentro, señor cura, y tomad lo que os haga falta, porque eso es mio. No es bastante, añadió, viendo que no tomaba mas que cinco piezas de oro: necesitais para vos y para Magdalena, mas bien mas que menos.

Y me dió doscientos francos; pero apenas tomé el dinero en mi mano, nos volvió las espaldas diciendo:

—Adios, señor cura; adios, Magdalena: acuérdate sobre todo de que no me has visto.

Y bajó cuatro á cuatro los tramos de la escalera, llevando sus alforjas en una mano, un palo en la otra y silbando un aire nacional.

Gátinet subió pocos minutos después, le pedimos dos cuartos, y mientras que Magdalena descansaba un poco, de lo que tenia extrema necesidad, tomé un coche y me dirigí á nuestra casa del barrio del Jardin de Plantas para pagarle á nuestra patrona y traerme los pocos efectos que nos quedaban.

Le di á Juan una pequeña gratificación, y me volví á la posada, pasándome, sin embargo, por el correo, para recoger las cartas que hubiesen llegado para mí: encontréme con una del secretario de mi obispo, que era un antiguo amigo mio. En ella me decia que nuestro buen superior no habia querido castigarme mas que aparentemente, puesto que el joven eclesiástico que debia reemplazarme en mis funciones, no habia recibido la orden de trasladarse á mi curato. Me volví, pues, no sin haber tomado antes nuestros asientos

en las mensajerías para salir aquella misma noche; pues tenia muchos deseos de volverme á nuestra aldea.

Al entrar en la posada me encontré que Magdalena estaba despierta; no porque le hubiesen faltado ganas de continuar su sueño, sino porque Antonieta pedía á voces su comida y tuvo que levantarse. Por la noche nos subimos en la diligencia con el corazón mas alegre de lo que lo teníamos al salir de nuestra aldea, deseando ardientemente el encontrarnos al lado de nuestros amigos.

Ahora bien, mi querido Daniel; por mi narracion habréis comprendido que sé vivir en el mundo: ¿me diréis todavía que está mi puesto en París? Pensad que para triunfar, y aun para vivir en esa gran ciudad, hay una porcion de fórmulas á las cuales no se puede adaptar nunca un hombre de mi temple, y que á menos que las circunstancias no le ayuden, vegeta en la mas profunda obscuridad. Pero se hace tarde y estos recuerdos me hacen el tiempo muy corto, y tal vez os pase lo mismo; pues sois un auditor singular para ser parisien.

—No dudeis de que vuestra narracion me ha interesado vivamente; pero tendréis que volveros al presbiterio y os acompañaré: la noche es hermosa y la luna nos alumbraba como si fuera en medio del dia.

—Entonces, mi querido Daniel, podemos tomar por el parque, pues tengo un llavín que os daré cuando os volvais á la quinta, sin que tengais que llamar á la verja. Pero caminemos poco á poco, añadió; pues la fresca brisa que se levanta al este, y que pasa ondulando sobre las yerbas que conmueve en su tránsito, anuncia que la aurora no tardará en aparecer en el horizonte. Ved cómo la luna trasforma el color de las plantas y de los árboles con sus fulgurantes rayos, y como las flores y los ramajes envueltos en su penumbra luminosa, parecen que están dormidos. La pureza del aire, los aromas que se difunden bajo las umbrías calles de los bosques, y ese silencio profundo, interrumpido de cuando en cuando por ecos inarticulados y por sonidos misteriosos que espiran y se oyen nuevamente sin causa aparente; todas estas maravillas de la noche, en fin, nos tienen con el ojo alerta y el oído atento, ni mas ni menos que si fuéramos liebres. Cuando lleguemos á las alturas vecinas, dominaremos los gigantescos árboles del bosque, y veréis entonces sus cimas majestuosas cual resplandecen á la luz de la luna, y cómo se pierde la vista en el infinito océano de sus ramajes.

—¿No seria mejor que apresuráramos el paso? le dijo Daniel; me parece que seria mas cuerdo, porque la niebla principia á formarse en la llanura. Y además, ¿no distinguís los vapores que flotan sobre el río? pues no tardarán mucho en condensarse, y elevándose poco á poco, interceptarán la claridad de la luna, lo que nos privará de admirar todas esas maravillas.

—El sol naciente nos volverá sus esplendores desvanecidos por un momento.

—Corriente; pero el golpe de vista no será el mismo, y vuestro servidor, que ha visto muy raras veces el despuntar de la aurora, temiendo comprometerse con sus amigos si confesaba esa debilidad, desearia asistir á ese gran espectáculo de la naturaleza.

Dejemos al cura y á Daniel continuar su conversacion y retrocedamos en nuestra narracion hasta el momento en que dejamos tendido sobre la arena al alguacil *Moufflet*. Su acólito, que se habia ocultado en el fondo de la barca para ponerse al abrigo de los temibles guijarros del viejo *Javelle*, guardó prudentemente aquella posicion, á pesar de lo incómoda que era, durante una media hora; en fin, se levantó poco á poco para asegurarse de que sus enemigos habian abandonado el estanque; y viendo el terreno despejado, abordó cerca del corchete, que, sentado en el mismo sitio, trataba de explicarse el por qué se encontraba sobre la arena. Pero poco á poco recuperó la memoria, recordó lo que habia pasado, y al mismo tiempo sintió el deseo de vengarse. Digamos de paso que el baño habia disipado su embriaguez.

—Primeramente, mi querido *Dardouillet*, le dijo á su amanuense, pensemos en nuestro asunto principal, y al mismo tiempo pasaremos revista al Sr. *Gay*, con quien tengo una cuenta pendiente.

—¿Pero por qué diablos habeis querido ahogar á *Parpaillot*?

—*Dardouillet*, eres muy niño: ese perro lo mismo olfatea á un hombre que á una perdiz, y ya sabes que la vivienda de ese maldito guarda-bosque está contigua á la del padre *Crétu*, en la cual tenemos que operar esta noche. Pensé, pues, que como tenemos que abrir las puertas y registrar por todos lados, el perro ladrará, y meterá tanto ruido, que *Gay* se despertará, y entonces adios nuestro nido de escudos; no tendremos ni aun el tiempo necesario de llegar al suspirado saco.

—Vamos, patron, la verdad; confesad que estabais ébrio y que la cólera os ha hecho obrar de distinto modo que si no lo hubiérais estado.

—*Dardouillet*, amigo mio, traspasais los límites del respeto; pero id y sacad de mis alforjas la botella forrada de mimbres, y traedmela, pues un trago de aguardiente reanimará nuestro espíritu. Ya sabeis donde até mi cabalgadura.

Dardouillet habia desaparecido prontamente, no tanto para ejecutar la orden que acababa de recibir, sino para evitar una discusion sobre su valor, en la que no le permitia intervenir la modestia.

—Si siquiera tuviéramos una buena cena, le decia el amanuense á su principal, mientras aquel destapaba el frasco, nos confortariamos mejor que royendo ese pedazo de pan seco, que he encontrado milagrosamente en mi bolsillo.

—Esta noche ganaremos con qué hacer cenas opiparas y á nuestro gusto, le contestó *Moufflet* pasándole la botella.

Cuando *Dardouillet* hubo apurado lo que quedaba, que no era mucho seguramente, le dijo el alguacil:

—No perdamos tiempo, hijo mio, toma la jaca, sube la cuesta, costea el sendero por la derecha y espérame bajo los tres manzanos que hay á unos cien pasos de la casa del padre *Crétu*. Vamos, no me mires como un animal, ya conoces los tres manzanos; están á la salida del bosque: mientras tanto voy por nuestras escopetas y el azadon que hemos ocultado entre el heno, mas allá de la *Cruz Roberto*.

—Si hubiera sabido que ese gandulon de *Dardouillet* era tan débil y tan cobarde, no lo hu-

bia asociado á esta operacion, dijo en voz baja *Moufflet*, trepando penosamente por el montuoso sendero que guiaba al sitio en que estaban ocultas las escopetas: cuando hubo llegado á lo alto, se detuvo un instante para tomar aliento y orientarse.

—Veamos, dijo, organicemos nuestro plan de campaña. Allí en frente está el camino que conduce á la alqueria de *Magdalena*, cuya cerca no está separada de la quinta mas que por un sendero del parque.

Ante mí, y en la parte baja, el rio y el molino; aquí, á la derecha del camino, el rastrojo que llega á la casa del padre *Crétu* y á los tres manzanos; y cerca de ella distingo la habitacion del guarda y el pedazo de tierra que le pertenece, lo que concluye de formar el cuadro. Pues, señor, corriente: el asunto está tan claro como el agua.

—¿Qué diablo quieres? le dijo á su amanuense que se le presentó improvisadamente.

—Señor, respondió *Dardouillet*; en el momento que costea la cerca de la alqueria, me he encontrado con una reunion que venia del castillo, y por un milagro no me han visto. Por mi parte he conocido perfectamente al señor *Bautista* y á su madre, que iban en compañía de otras personas; por lo tanto, he desandado el camino lo mas pronto posible, esperando encontráros aquí y preveniros de lo que acontecia.

—Está muy bien, medroso, ten calma y escuchame. La jaca mas bien nos sirve de estorbo que de utilidad en este momento; por lo tanto, trábala con el ronzal y pónla cerca del heno que está al final del rastrojo, cerca de los tres manzanos, en donde el animal se encontrará á su gusto indudablemente.

El escribiente se apresuró á obedecer y apercibieron desde lejos las bombas y los cohetes que salian de la quinta y que estallaban en el aire.

—¡Ah! canallas, divertios! exclamó el corchete estendiendo el puño en aquella direccion; pero á cada uno le llegará su vez, añadió.

—¿Quién es el que viene detrás, mi amo? le dijo *Dardouillet* que le habia visto gesticular desde lejos.

—Eso no te importa, cállate, y busquemos nuestras armas.

Una vez que hubieron recogido sus escopetas cargando tambien el escribiente con el azadon, emprendieron su marcha, y por el camino le hizo el alguacil á *Dardouillet* la explicacion siguiente:

—Nadie conocia á *Crétu* tan bien como yo, le dijo; y como me consultaba muy á menudo á causa de sus intereses, tenia ocasion de verlo con frecuencia: un hecho sobre todo me llamaba la atencion en su casa, y era que nunca guardaba el dinero que le llevaba delante de mí. Un dia que fui á pedirle dinero para un lote de tierra que era necesario pagar sobre la marcha, siendo el caso perentorio y el asunto muy bueno, y cogido, por decirlo así, al desprovisto, me hizo salir de su cuarto con un pretesto insignificante, y cuando volví pocos momentos despues, ya estaba la suma en la mesa. ¿De dónde lo habia sacado? eso es lo que queria saber, y hé aquí el medio que empleé para descubrir su escondite, que debia estar en su cuarto indudablemente. Habia notado que cada vez que ponía, ya fueran mis papeles, mi sombrero ó mi escopeta en un gran arcon que ha-

bia comprado en *Rouen*, le contrariaba evidentemente. Sin embargo, esto no era bastante para confirmar mis sospechas, y aunque trataba de engañarme poniendo ostensiblemente algunos montones de escudos en su armario, no lo consiguió, porque soy muy fino y habia conjeturado que su caja la debia tener en el arcon.

El preguntarle á *Verónica*, su antigua criada, que es un animal completo y mas charlatana que una cotorra, hubiera sido una imprudencia: coloqué, pues, simplemente en una caja varios pedacitos de seda negra tan fina como el cabello, y con un pedazo de cera del mismo color en sus puntas, como si fueran cabezas de alfiler, y un dia que encuentre un momento favorable, las coloqué en las junturas del mueble sospechando que tenia doble fondo. Aguijoneado por la curiosidad, volví al otro dia á casa de aquel zorro viejo que no habia salido aun. Quise saber si los pedacitos de seda estaban donde los habia colocado, y hé aquí lo que se me ocurrió para asegurarme de ello: tenia un acta que estender, y además le llevaba dinero; coloquéme, pues, en la mesa, en una postura en que el arcon quedaba á mis espaldas, y despues de haber escrito algunas líneas, dejé caer primero un monton de napoleones que le acababa de contar, y que se despepitaba por palparlos, y luego eché á rodar mi sombrero, que contenia dos ó tres manzanas y algunas nueces. Mien tras que él recogia el dinero, levanté mi sombrero echando pestes por mi torpeza; pero me aproveché del tiempo en que estuve encorvado, para asegurarme de si mis hilos estaban en el mismo sitio; pero ni señal habia de ellos. Por lo tanto, saqué en claro que en aquel cajon, que tenia todo el largo del mueble, era donde guardaba su dinero; y calculé que tanto en oro como en plata y billetes de banco, debia haber de cincuenta á sesenta mil francos.

Ya sabes que mañana se hace el entierro y que se hará el inventario en cuanto este se haya concluido; y tambien comprenderás que el peso del mueble descubrirá la incógnita.

(Se continuará).

EL NOBLE Y EL MENDIGO.

NOVELA ORIGINAL DE LA

SRA. D.^a ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

(Conclusion.— Véase el núm. 38).

CAPÍTULO V.

En una de las habitaciones mas cómodas y mejor decoradas del palacio del marqués, se hallaba este reclinado indolentemente en una ancha y mullida butaca, contemplando con melancolia la llama que despedian algunos gruesos leños que ardian en la chimenea: el pobre anciano estaba solo.

Era la hora del crepúsculo, y la última luz de la tarde penetraba á través de las anchas cortinas de seda en aquella habitacion.

Las postreras flores del otoño ostentaban sus amarillas galas en anchos jarrones de China; un magnifico reloj adornaba la mesa, sobre la cual se ostentaban dos candelabros de bronce: hermosas pinturas, cercadas de dorados marcos, cubrian las paredes, y un elegante sofá de damasco

azul y una docena de sillones de la misma tela completaban el mueblaje de aquella habitación. El marqués había dejado caer á sus piés un libro, compañero de su soledad, y parecía abrumado en profundas reflexiones: de ellas vino á sacarle un ruido desusado que partía de la antesala; era la voz del ayuda de cámara que negaba el paso á un hombre, y aquel hombre se obstinaba en entrar.

—Julian, Julian, gritó el marqués, ¿que significa ese ruido?

—Señor, dijo Julian apareciendo, el tío Pedro que se empeña en pasar á ver á V. E. y yo no creo.....

—Déjale pasar, es un buen hombre, querrá pedir algun socorro, y por nada del mundo negaría yo el consuelo á un infeliz.

El criado levantó entonces la ancha cortina de raso y desapareció murmurando, sin que sus pasos se sintiesen en la mullida alfombra.

El tío Pedro y el marqués quedaron solos: el mendigo parecía turbado, el noble señor comprendió su embarazo y le dijo con dulzura.

—Vamos, hable V., ¿tiene algo que pedirme?

—Señor marqués, nuestra conversacion será larga, y quisiera que V. E. diese orden de que nadie viniera á interrumpirnos, y que me permita sentarme en su presencia, pues mis viejas piernas se niegan á sostenerme.

El marqués, algo confuso con aquel exordio inesperado, se levantó, y cediendo al ruego del mendigo, cerró con su propia mano la puerta de aquella habitación; despues, ofreciéndole una silla, se dispuso á escuchar lo que aquel hombre tenia que decirle.

Este, despues de algunos momentos de duda, empezó á hablar con voz temblorosa.

—Hace algunos años que vivia en el pueblo de **** un arrendador del padre de V. E., que poseía cuantiosas tierras en él. Toda su felicidad, toda su esperanza se cifraba en una hija que el cielo le habia concedido. Magdalena era hermosa y buena como un serafín. En todo el pueblo no se hallaba una muchacha que le asemejase, y él se creía el padre mas feliz, viendo crecer á su hija.

Vuestro padre, señor marqués, que era querido y respetado de toda la aldea, vino un dia á visitar sus posesiones, acompañado de vuestro hermano mayor, que entonces tenia 26 años. El gozo de aquellas sencillas gentes no tuvo limites al ver entre ellos á su señor.

Todos á porfia engalanaron sus humildes casas para ofrecerle hospitalidad. El padre de Magdalena fué el mas feliz de sus compañeros, pues el señor marqués escogió su hogar y quedó instalado en él.

Poco tiempo permaneció allí; pero en cambio vuestro hermano les ofreció volver alguna vez: así lo hizo, en efecto, y pretestando una gran afición á la caza, vino repetidas veces, y siempre la misma casa le servia de albergue. Pero á medida que las estancias de vuestro hermano eran mas largas, las mejillas de Magdalena perdian su semejanza con las rosas de mayo, y en sus ojos no brillaba su acostumbrada alegría. Notólo su viejo padre; pero siempre que pedia esplicaciones, la jóven se ponía encendida como una amapola, y no sabiendo en su turbacion qué responder, dejaba al arrendador mas confuso que antes.

—¿Y á qué viene esa historia?

—Disimuladme, señor, yo os lo ruego, y escuchadme hasta el fin; sé que abuso de vuestra paciencia, pero es forzoso.

—Continúe V., dijo el marqués dominando su mal humor.

—Un dia, y por un acaso inesperado, el padre de Magdalena entró en el cuarto de la jóven y la encontró anegada en llanto, leyendo un papel que en vano trató de ocultar. El arrendador lo habia visto, y sin tener en cuenta las súplicas de su hija, apuraba de una sola ojeada su contenido.

Aquel papel era una carta de vuestro hermano en que participaba á la bella aldeana su partida para Francia, donde á la sazón le aguardaba vuestro padre, ofreciéndola, sin embargo, volver antes que su estado se hiciese público..... ¡La jóven debía ser madre!

Una herida en el corazon hubiera hecho menos daño á aquel hombre, que la convicción de la deshonor de su hija. Esta, en tanto, postrada á sus piés, demandaba su perdon deshecha en lágrimas.

Aquel hombre era padre y perdonó á la culpable; pero era honrado y necesitaba una reparacion. Esperó, pues, á poder exigirla.

Pasaron algunos meses; Magdalena habia ocultado á todo el mundo su falta; pero en breve debía dar á luz el hijo que llevaba en su seno. Escribió repetidas veces á vuestro hermano, y vuestro hermano no venia.

Un dia, al fin, participó á su amada su regreso, y la infeliz jóven le esperaba llena de amor y esperanza, confiada en obtener un nombre para su hijo, pues, aunque culpada, existia siempre en su alma un sentimiento de pundonor y honradéz.

Vuestro hermano fué á verla en el silencio de la noche, y ella le recibió en su cuarto, sin sospechar que su padre no la perdía de vista desde una habitación inmediata.

La entrevista de ambos jóvenes empezó por las protestas, y aquel desgraciado padre todo lo oyó resignado, pues tenia esperanza que el amor y el llanto de Magdalena conseguirían una reparacion de su noble amante; sin embargo, su mano temblaba de ira, y los tormentos del infierno nada son, comparados á lo que su corazon sufrió en aquella noche fatal.

Llegó, por fin, el momento en que Magdalena habló de sus temores, de sus esperanzas por el hijo que llevaba en su seno. El corazon del padre latía con violencia, esperaba con ansiedad la contestacion de vuestro hermano, de la cual pendía su honra y el porvenir de su hija. Aquel momento era solemne.

Por desgracia, el amor del noble solo habia sido el capricho de un momento, y al escuchar la palabra «reparacion,» se rió sin piedad de la pobre jóven, que dió crédito á sus juramentos.

Una nube de sangre oscureció los ojos del que escuchaba, é involuntariamente llevó la mano al cañon de su escopeta..... sin embargo, esperó aun.

La jóven suplicó de nuevo, regó con lágrimas los piés de su seductor, y él entonces, añadiendo á la ofensa el ultraje, le arrojó un bolsillo de oro..... Al ruido metálico que produjo al caer en el pavimento, respondió el eco de una detonacion.....

Magdalena lanzó un grito.....

Vuestro hermano yacía en el suelo bañado en su sangre.

El tío Pedro se detuvo un momento, enjugó el sudor que corria de su frente y esperó á tomar aliento.

El marqués, tambien agitado por tan tristes recuerdos, anhelando saber la realidad de aquel sangriento drama, cuyos detalles habia siempre ignorado, no interrumpió la relacion del anciano, hasta que este se detuvo en aquel punto.

—Continúe V., dijo con ansiedad.

—Vuestro hermano se hallaba próximo á morir, y en su agonía conoció la enormidad de su culpa, y quiso que un sacerdote recibiera su confesion.

La casa en que se hallaba estaba al extremo del pueblo, y nadie se apercibió de aquel suceso: era tambien la media noche.

El homicida mismo, sin saber apenas lo que hacia y espantado de su propio crimen, fué en busca del virtuoso párroco que se prestó gustoso á seguirle.

En breves momentos llegaron á la aislada casita, y allí, el ministro de Dios, antes de auxiliar al moribundo, bendijo su union con la triste hija del arrendador.

Vuestro hermano hizo mas: para remediar su falta, escribió, aunque con mano muy débil, un papel en que declara ba su casamiento, nombrando por heredero de su título y sus bienes al hijo que Magdalena diese á luz.

Pocas horas despues habia cesado de existir.

Al otro dia se encontró su cadáver en el camino, y nadie supo la mano que le arrebató la vida, pues el único que podia revelarlo tenia sellados sus labios por el secreto de la confesion.

—¡Pobre hermano mio! dijo el marqués, mientras un suspiro se escapaba de su pecho á tan triste recuerdo; tiene V. razon, nada pudimos averiguar sobre el autor de tal asesinato; pero ahora..... ¡Oh! prosiga V., prosiga V.

—Algunos dias despues, la infeliz viuda daba á luz una niña, que fué bautizada con el mayor secreto por el mismo que guió hasta las puertas del cielo el alma de su padre.

Pero ¡ay! la pobre Magdalena habia sufrido mucho, y muy pronto, no pudiendo sobrevivir á aquel que tanto amó, exhaló el último suspiro bendiciendo á su hija y rogando al arrendador que velase por su suerte.

Aquel hombre se encontró solo en el mundo con la triste criatura cuyo nacimiento fué precedido por la desgracia; con aquella criatura á quien tenia que entregar á la miseria, ó esponerse á ser descubierto como asesino del marqués. Calló, pues, y condenó á la tierna huérfana á vivir en las privaciones y la pobreza; pero la vista del sér que Dios habia colocado bajo su proteccion le hacia mucho mal, pues le recordaba á su malograda hija, aquella hija á quien tanto amó sobre la tierra.

Los ojos del mendigo se llenaron de lágrimas, y su voz, al pronunciar estas palabras, temblaba visiblemente. Despues de un momento continuó.

—Resolvió abandonar aquellos sitios y huir con la niña de la casa, teatro de su desgracia.

Un dia desapareció para siempre del pueblo que le vió nacer.

El anciano llegó á distinto suelo, buscó una mujer honrada á quien entregó para que la criase á la hija de vuestro hermano, y poniendo en sus manos todo el fruto de muchos años de trabajos se alejó, guardando el mas profundo secreto sobre su nombre y el apellido de su nieta.

Vos, señor marqués, ignorante de estos sucesos, llorásteis la muerte de vuestro hermano; pero al heredar su título y sus riquezas, pensásteis en vuestro hijo, que tenia entonces pocos años, y un rayo de esperanza endulzó vuestro dolor.

El marqués palideció ligeramente al escuchar estas palabras.

Durante el relato del tio Pedro, agitado con tan tristes recuerdos, no habia pensado en que aquella niña de que le hablaban podia llegar á ser la verdadera marquesa de san Telmo. Esta idea, pues, evocada por el mendigo, le hizo temblar por el porvenir de su hijo, y ansioso de acabar de romper aquel misterio.

—Prosiga V., murmuró.

—Aquel hombre estaba muchos años ausente, sin hogar, sin familia; sumido en la mas horrible miseria, queria espiar su crimen, y como por otra parte no amaba á la niña, cuyo nacimiento causó la muerte de Magdalena, resolvió no revelar jamás el secreto de su nacimiento. Esta determinacion hubiera sido llevada á cabo si posteriores circunstancias no le hubiesen hecho revocarla.

—¡Cómo!.....

—Señor marqués, la hija de vuestro hermano aun existe; su bondad ha desarmado la injusta prevencion que el corazon de su abuelo guardaba contra ella, y al hallarla desgraciada, consumirse en el fuego de un amor que cree imposible, no quiere que tenga la misma suerte que su madre; no quiere que muera como ella, y hoy por mi labio llega á decirnos:—« Señor, abrid vuestros brazos á la niña desvalida; es noble, es rica, porque Dios la hizo hija de un título de Castilla; hacedla feliz, y vuestro hermano os bendecirá desde el cielo.»

El marqués se levantó de su asiento trémulo y agitado. En su corazon luchaban sus nobles instintos, con la idea de perder en un dia posicion, honores, todo.

Un pensamiento cruzó por su frente que desvaneció algun tanto la nube que la cubria.

—¿De dónde ha aprendido V. esa fábula para esplotar mi caridad? si necesita V. alguna limosna, pídasela á mi mayordomo, pero salga inmediatamente de mi presencia, que ya me canso de escucharle.

—¡Siempre lo mismo! murmuró el tio Pedro, ¡siempre arrojándonos su oro! Señor, creed en la palabra de un hombre honrado.

—Salid.

—Las pruebas de cuanto os he dicho están en mi poder, y si V. E. no quiere darme crédito, iré á ponerlas en mano de los tribunales.

El mendigo se dispuso á salir.

—¿Y quién es V., dijo el noble deteniéndole que se atreve á llegar á mi estancia y casi á amenazarme?

—Soy..... un amigo del padre, cuyas canas holló el hermano de V. E.

—Y ¿quién es? dónde está? dígame V. su nombre, el nombre del asesino.

—Su nombre..... hace ya muchos años que se borró de la lista de los hombres.

—¿Luego ya no existe? no podré castigar su delito?

—¡Marqués, harto castigado ha sido por Dios! ¡En diez y seis años de soledad y miseria, bien ha espiado su crimen! compadecedle pues, y no le maldigais.

—¿Y qué viene V. á exigir de mí? acaso que despoje á mi hijo de su nombre, de su grandeza, para entregarlos á una advenediza.

—No, quiero solo que V. E. una su mano á la de la verdadera marquesa de san Telmo, y así dará un porvenir á esa niña, sin empobrecer á Fernando.

—¡Labrar la desgracia de mi hijo!

—No, ambos se aman.

—¡Cómo! ¿Fernando ha descendido hasta prendarse de?.....

—De una jóven noble y santa que le ha apartado de la torcida senda que seguia, atrayéndole á su deber. Sí, nada mas cierto. Si Fernando es un buen hijo, si hoy obedece y ama á su padre, á ella solo, á ella se lo debe.

—Pero ¿quién es? dónde se han visto?

—Todos los dias; Dios, sin duda, ha colocado á esa niña bajo el techo de sus mayores, y la que es dueña de este palacio, guarda su puerta como la mas humilde criada.

—Luego es.....

—Angela, señor.

—¡Ella!

—Sí; esa es la hija de vuestro hermano.

—¿Y exige V. que yo ligue á Fernando á esa muchacha? ¿qué dirá el mundo!

—Dirá que ha tendido V. E. una mano á la desgracia; dirá que no se enorgullece con su nobleza, y á su brillante título de marqués añadirá el de clemente y bondadoso.

—No; yo no puedo consentir en esa union: entrégueme V. esos papeles que prueben el nacimiento de Angela, y se los pagaré á V. á peso de oro: en cuanto á ella, no la abandonaré; la daré un buen dote, seré su protector; pero déme V. esos papeles, déme V. esos papeles.

—Señor, son el dote de Angela, y solo el que sea su esposo los recibirá de mi mano. ¡Oro! para qué le querria la infeliz niña, si no le servia para comprar su felicidad: porque Angela ama á Fernando como mi..... no, no, como su madre amaba á vuestro hermano; ¡ay! señor, su vida se agostaria como se agosta su juventud.

—Pero la sociedad.....

—La sociedad, la sociedad..... temed su fallo, si al ser Angela reconocida como legítima y única heredera de vuestro hermano, se uniese á su desposeido primo; porque si no cedéis, así será, y ella hará por amor, lo que V. E. no quiere hacer por orgullo: entonces dirán que el interés y no el cariño le ha determinado á este enlace.

—Pero aun tengo esperanza, esos documentos acaso no prueben.....

—Son irrecusables, son sagrados; ved la letra de vuestro hermano y respetad la voluntad del que ya no existe.

El anciano sacó una carta ajada y llena de arrugas, y la acercó á los ojos del marqués.

Este fijó en ella su mirada con profunda agitación, y convencido de su autenticidad, empezó á dar algunos paseos por la habitacion preten-

diendo así calmar la lucha que le dominaba: su posicion era crítica y violenta.

El mendigo estaba allí, solo en su casa, impotente para defender su tesoro; pero jamás la idea de una violencia cruzó la mente del noble señor.

El tio Pedro se levantó preparándose á salir. El marqués se interpuso á su paso.

—¿Sabe V., le dijo, que puedo hacerle prender como cómplice de ese homicidio.

—Sin embargo, ante la justicia presentaria las pruebas que pueden dejar á V. E. en la pobreza; devolveria á vuestra sobrina su título y sus bienes, y moriria contento; estoy decidido.

—Y si yo accediera.

—¡Ah! entonces yo se los entregaria, y podria consumirlos el fuego sin que nadie supiese su contenido.

—Está bien, consultaré la voluntad de mi hijo; y si él la ama, yo no averiguaré los medios por donde esos papeles han llegado á manos de V., y V. guardará siempre este secreto.

—Sí, sí, en el fondo de mi alma: gracias, gracias; ¡Angela se ha salvado!

El tio Pedro salió de aquella lujosa estancia lleno de esperanza y alegría; el marqués cayó en un sillón y se entregó á las mas profundas reflexiones.

CAPITULO VI.

Quince dias trascurrieron desde los sucesos que hemos descrito. El palacio se hallaba adornado como para una gran fiesta. La estensa sala de recibo, abierta despues de tantos años, ostentaba sus magnificas colgaduras de damasco carmesí, sujetas con gruesos cordones de oro. Sus grandes espejos, sus retratos de familia y sus blandas y elegantes alfombras, todos aquellos lujosos muebles se habian despojado de la espesa capa de polvo que los cubria, y daban á aquel salon un aspecto deslumbrador, sobre todo para los sencillos habitantes de ***

En medio de aquella estancia se hallaba colocada una mesa cubierta de terciopelo carmesí, y sobre ella una pesada escribania de plata.

Los criados, cuyo número se hallaba aumentado, iban y venian en todas direcciones, ejecutando las órdenes del mayordomo, á quien de vez en cuando se le oía decir:

—¡Quién lo creyera! todo un señor marqués! Vamos, si parece imposible; y otras exclamaciones semejantes.

El marqués vestido con una elegancia esquisita, aunque enteramente de negro, se hallaba en su gabinete con su hijo Fernando, que ostentaba un traje de rigurosa etiqueta.

El jóven, en cuyo semblante estaba impresa la felicidad, escuchaba con religioso silencio los últimos consejos que el anciano pronunciaba á su oído, al verle próximo á fijar su porvenir, entrando para siempre en una nueva vida.

Al otro extremo de la casa, y en un gabinetito pequeño, pero adornado con el mayor gusto, Angela, ayudada de su madre adoptiva, se hallaba frente á un ancho espejo acabando de alisar sus brillantes cabellos y ceñirlos con una sencilla corona de flores de azahar.

Algunos cajones abiertos y llenos de telas y adornos, atestiguaban que el vestido de la jóven acababa de llegar con otros muchos para formar su equipaje.

Ceñía el talle de la jóven un sencillo y lindísimo traje de tul blanco guarnecido de blondas y flores que cubrían su seno y sus brazos de una blancura estremada. Sus blondos rizos estaban sujetos á sus sienas por un hilo de gruesas perlas, iguales á las que la servían de collar y pulseras.

Cuando la buena Juana vió terminado el tocador de la que llamaba su hija, batió las palmas llena de alegría, murmurando con efusion.

—¡Bendita seas! qué hermosa estás así, hija mia, mi querida hija; porque, aunque vayas á ser marquesa, querrás que siempre te llame así, ¿no es verdad?

Angela por toda contestacion se arrojó en los brazos de su nodriza; y una lágrima de gratitud brilló en sus hermosos ojos, animados entonces por el esplendor de una dulce esperanza.

En aquel momento la puerta del gabinete se abrió sin ruido, dando paso al tio Pedro que se detuvo en el dintel, contemplando con adoracion á la encantadora jóven, que corrió hácia él, apenas se apercibió de su presencia.

—Mirela V., mirela V. qué linda, exclamó Juana; verdaderamente tiene todo el aire de una gran señora.

Con efecto, Angela llevaba aquellas galas con la misma soltura y elegancia con que las hubiera llevado una reina.

—Déjenos V. un momento solos, Juana, dijo Pedro.

—Sí, sí, yo tambien tengo que disponer..... que ayudar á vestir á mi hijo, y arreglarme un poco; porque al fin..... como quien dice..... casi somos de la familia. Y como esto ha sido una cosa tan inesperada..... ni sé lo que me hago, ni..... vamos, vamos, ya me voy.

El tio Pedro y la jóven quedaron solos.

El anciano tambien en aquel dia habia dejado sus harapos, y aunque con la usual chaqueta y el calzon corto de los hijos del pueblo, iba vestido de negro y con algun esmero y aseo.

—Y bien, dijo á Angela, dentro de pocas horas serás las esposa de Fernando, verás realizado lo que tu juzgabas un sueño: ¿eres feliz, hija mia?

—¡Oh! todo cuanto se puede serlo en este mundo, sobre todo ahora que le veo á V. y que sé que los peligros á que me dijo se iba á esponer por mí, han desaparecido.

—Sí, hija mia; han desaparecido, ó por mejor decir no los he hallado; porque en este mundo, el interés, el oro valen mas que la voz de la sangre, y yo no contaba con eso. Pero escucha, ¿eres completamente dichosa? nada echas de menos este dia?

—Solo la bendicion de mis padres.

La frente del tio Pedro se nubló ligeramente.

—Es verdad, ¡ay! es verdad.

—Pero V. estará á mi lado, ¿no es cierto? V. me servirá de padrino, puesto que así lo quiere el marqués.

—Sí, yo estaré contigo, hija mia, y despues que recibas la bendicion nupcial, cuando ya esté tu porvenir asegurado, te daré el último adios y marcharé de este pueblo.

—¡Cómo! ¿por qué? no quiere V. recibir la expresion de mi gratitud? porque á V. se lo debo todo, ¡y seria tan feliz teniéndole siempre á mi lado!

—Angela, yo no debo volver á ser venturoso

en este mundo, y contigo me olvidaria de una espiacion, de un castigo que me he impuesto sobre la tierra.

—¡Un castigo! una espiacion! V. que es tan bueno, tan compasivo, ¿qué crimen ha podido cometer?

—No me lo preguntes, hija mia; no me lo preguntes jamás.

En este instante un criado de gran librea apareció en la puerta del gabinete, y dijo con voz clara y acento oficial.

—Los señores aguardan á la señorita.

Y desapareció dejando caer de nuevo la elegante cortina de raso que cubria la entrada.

—Ha llegado la hora, Angela; vamos, pues, á sellar tu felicidad.

El anciano acompañó á la futura marquesa al salon, donde ya la esperaba la nueva familia que iba á recibirla en su seno.

Pocas eran las personas que asistian á este acto, mas solemne aun por esta misma soledad.

Cuando entró Angela, el jóven Fernando se adelantó á recibirla. Ella estaba trémula; su dicha le parecia un sueño: ocupó un lugar junto al marqués, que la acogió con una sonrisa benigna y amable.

El notario, despues de pedir la vénia á los circunstantes, empezó la lectura de los contratos matrimoniales.

El marqués legaba á su nueva hija la mitad de sus bienes.

Cuando ya hubo terminado la lectura, indicó que solo el nombre de los contrayentes faltaba en el documento.

Fernando se acercó á la mesa y dijo en alta voz.

—El mio es Fernando Leopoldo de Varila.

—El de la futura.....

Todos se miraron en un momento de indecision.

—Angela, dijo esta con voz trémula.

—¿Angela de qué? preguntó el notario sin reparar en la turbacion de la jóven.

Ella no contestó y el color de la vergüenza encendió su rostro; estaba indecisa, y su mirada suplicante, por un instinto del alma, se fijó en el mendigo.

—¿Angela de qué? volvió aquel hombre á preguntar.

—Angela de Varila y Medina, exclamó el tio Pedro adelantándose y sin poder resistir el impulso de su corazon; escribalo V. así.

Una mirada de asombro contestó á estas palabras; pero nadie se atrevió á romper el silencio.

El notario consultó con los ojos al anciano señor.

—Continúe V., dijo este sin alterarse.

Fernando se adelantó y firmó el primero: despues puso la pluma en manos de Angela que tambien escribió su nombre.

La dicha de ambos jóvenes estaba asegurada; eran esposos ante los hombres. Un momento despues, el sacerdote bendecia su union en el oratorio del palacio, y eran esposos ante Dios.

Concluida la ceremonia, Fernando preguntaba á su padre.

—¿Con que ella pertenecia á nuestra familia? es.....

—Tu esposa. No me preguntes nada mas: son secretos, hijo mio, que te ruego no quieras pe-

netrar. Ya eres feliz, puesto que la amas; ¿qué importa lo demás?

—¡Oh! sí, sí; la amo con toda mi alma, señor.

Entre tanto, Angela, al otro extremo de la estancia, exclamaba entre los brazos del tio Pedro.

—No, no nos deje V., yo se lo ruego; nos serviré V. de Padre, y jamás hija alguna será mas tierna y mas cariñosa que yo lo seré para aquel que tanta influencia ha ejercido en mi porvenir.

—Es imposible, hija mia, ya te lo dije antes. Además, ¿qué harian mis harapos y mi pobreza entre vuestro fausto y vuestro esplendor?

—¡Ah! cree V.....

—No; sé que tú jamás te arrepentirias de ese ofrecimiento; pero acaso no sucederia así á tu nueva familia, y mañana se avergonzarian del importuno huésped que habian admitido. Quedémonos, pues, cada uno en su puesto. ¡Dios lo quiere! pero ya que en esta hora nos despedimos para siempre tal vez, Angela, si algo puede en tu corazon el recuerdo de tus sufrimientos pasados, las esperanzas de tu felicidad, solo te pido, hija mia, que cuando dirijas tus plegarias al cielo, mezcles en ellas el nombre del solitario anciano, del pobre mendigo. ¿Lo harás así, no es verdad? me lo juras?

—Sí, sí, lo juro por Dios.

—Y mañana, cuando en las tristes noches del invierno, sentada al hogar con tus hijos, los enseñes á bendecir á Dios, hazles tambien que aprendan el nombre del pobre viejo, que, solo, sin abrigo, sin consuelo, acaso espira en aquellos momentos víctima de la miseria ó la intemperie: entonces, Angela, si un sentimiento de lástima agita tu corazon, si una lágrima de piedad asoma en tus ojos, di: «Si fué culpable, Dios mio, bien ha espiado su culpa; perdonadle:» ¿es cierto que lo harás así?

—Sí, padre mio, sí.

—Pues entonces, estoy tranquilo: nada mas deseo en este mundo, y voy á partir; ¿quieres abrazarme, Angela?

—¡Con toda mi alma!

La jóven se precipitó en los brazos de Pedro, este la recibió en ellos con toda la efusion de un amor inmenso y comprimido: algun tiempo permanecieron así.

Al separarse, el mendigo acercó sus labios á la frente de la niña y murmuró con acento imperceptible la palabra.

—¡Perdon!

Todos rodearon entonces al anciano, que se dispuso á partir: en el momento de salir, dijo á Fernando.

—Señor, un dia, el primero que nos encontremos, bendije vuestras frentes y auguré un porvenir feliz á entrambos. Mi prediccion se ha cumplido. Enseñad á vuestros hijos á que cuando hallen un pobre anciano desvalido, le socorran y le tiendan una mano; ya que esta santa accion en su madre fué el principio de la dicha que hoy le sonrie; enseñádselo así, y Dios os mostrará que no en vano ha dicho: «Yo amo á los misericordiosos;» hacedlo así, y el cielo os proteja.

Al salir, pasó junto al marqués, y dirigiéndole una elocuente mirada, murmuró.

—¡Nunca!!!

El viejo desapareció, sin que ni Juana que lo presenciara todo, ni Andrés que con otros dos,

arrendadores habian servido de testigos, logran arrancarle una palabra que les hiciera adivinar de qué manera pudo representar un papel tan interesante en los sucesos de aquel día. Todos le dirigieron mil preguntas, á las cuales el anciano nada contestó; pero cuando estuvo fuera del alcance de su vista, volvió los ojos hacia el palacio, y antes de perderse en las sinuosidades del camino, exclamó con un grito del alma.

— ¡Dios mio, hacedla feliz, y ¡ay! que ignore siempre que yo fui el asesino de su padre.

FIN.

VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas,

Por J. CASTERA.

(Continuacion.— Véase el n.º 37).

Los cazadores de bueyes marinos que encontramos en la isla de Amsterdam, eran notables por lo sucios de su persona, de sus vestidos y de sus habitaciones. Sin embargo, ninguno de ellos parecía desear encontrar una ocasion de abandonar la isla, antes de espirar el término que habian prescrito. Uno de los ingleses de su cuadrilla habia ya estado otra vez con ocupaciones análogas á la que entonces tenia. Los signos y la aparente inquietud de los dos hombres que vimos sobre las rocas, y que tan vivamente nos habia interesado, no fué sino porque estos veian raras veces embarcaciones en aquellos parajes, y quisieron hacer que el *Lion* se detuviese sin tener quizás un objeto determinado.

Los bueyes marinos, cuyas pieles son un objeto tan interesante en estas islas, se encuentran allí con mayor facilidad en estío que en invierno, porque en esta última estacion se mantienen en el fondo de las aguas y bajo las algas, donde buscan un abrigo contra la inclemencia del aire. En el estío, vienen con mucha frecuencia á tierra manadas de ochocientos y nuevecientos, de los que un centenar por lo menos se quedan allí con unos cinco cazadores que los atacan, porque esto es todo lo que semejante número de hombres pueden matar y desollar en el día. Los bueyes marinos dan mucho aceite; pero se recoge muy poco porque faltan toneles.

Una parte del mejor está cocido, y los cazadores lo usan en vez de manteca.

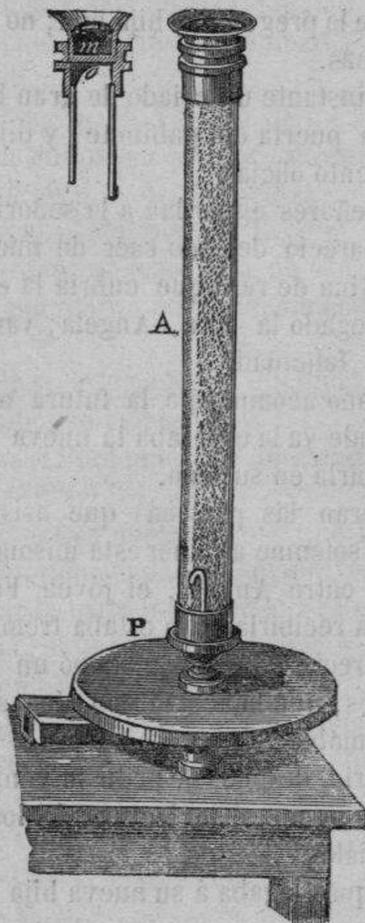
El buey marino de la isla de Amsterdam es el *phoca ursina* de Lineo. La hembra pesa comunmente desde 70 hasta 180 libras, y tiene de tres á cinco piés de largo. El macho es mucho mas grande. En general, estos animales no son bravos. Algunas veces se precipitan al agua en el momento en que uno se aproxima á ellos; pero por lo regular quedan con arrogancia sobre las rocas, mugiendo y poniéndose en actitud de defenderse. Un solo palo en el hocico basta para atontarlos. La mayor parte de los que llegan á tierra son hembras: hay por lo menos treinta por un macho, pero se tienen ya hechas bastantes observaciones para saber que la naturaleza ha establecido tal proporcion entre ambos sexos, ó si las hembras tienen necesidad de buscar la tierra, mientras que los machos se quedan en lo profundo de las aguas.

En invierno, grandes rebaño de leones marinos (1) de los que algunos tienen hasta 18 piés de largo, salen del fondo del mar, cubren la orilla y dan espantosos alaridos. Los gritos lastimeros de los bueyes marinos que matan los cazadores son tan fuertes, que nosotros los oimos en distintas ocasiones á bordo de la embarcacion, es decir, á una milla de la costa. Se cree que estos animales, de una y otra especie, son menos

(1) Los *phoca leonina* de Lineo.

numerosos en la isla de Amsterdam, desde que se ocupan en cazarlos.

Durante el invierno abundan las ballenas sobre aquella costa. En el estío buscan las aguas profundas y se alejan de la tierra.



Aparato para demostrar la porosidad de los cuerpos.

Los cazadores vivian en una mala choza que ellos tenian construida cerca de la concha; esta tiene casi la figura de una elipse. Del lado del mar, sus bordes estan bajos, compuestos de piedras redondas, y divididas por un canal muy poco profundo y de una fecha reciente, puesto que el capitán holandés Van-Vlaming, que llegó por esta costa en 1697, refiere que la concha no tenia ninguna comunicacion con la mar. El malecon se encontraba entonces entero, y tenia, por lo menos, cinco piés por encima del agua. Cerca de aquel malecon, interrumpido hacia tanto tiempo, se eleva la tierra por cada lado, así como todo alrededor del resto de la concha, y nos encontramos con una medida trigonométrica que tenia mas de siete mil piés de altura. Su elevacion es al mismo tiempo tan rápida que forma con el horizonte un ángulo de 65°.

El mayor diámetro de la superficie del agua que contiene esta concha, ó mejor, este embudo, tiene cerca de 1,100, y el mas pequeño de 850. Su circunferencia es de 3,000 brazas, es decir, de cerca de una milla y tres cuartos.

En casi todos los lados oblicuos de este embudo, así como en el malecon, se encuentra en la orilla del agua diferentes manantiales calientes.

El termómetro de Fahrenheit estaba lleno de aire á 62 grados, y sumergido en uno de sus manantiales subió rápidamente á 190. En otro subió hasta 204; y por último, puesta la bola del termómetro en una hendidura, de donde salia un tercer chorro, llegó el mercurio en un minuto al punto de ebullicion. Despues de hacer diferentes experimentos, se sumergió la bola del termómetro en los puntos donde el agua salia á borbotones, y allí se notó que la temperatura en general subia á 212 grados, y en un pequeño reservorio que se encontraba á su lado, se mantenía á 204 grados.

La concha abundaba en tencas y sargos. La misma persona que con una mano tenia un sedal para pescar, podia con la otra dejarlos caer en uno de los manantiales calientes del lado, y se cocian en quince minutos. Algunos de los oficiales del *Lion* y del *Hindoustan* aprovecharon esta ocasion, é hicieron una excelente comida. Era fácil encontrar el agua caliente en el malecon:

no fué necesario sino separar las piedras en los puntos donde se veia elevar el vapor. Hay en algunos sitios musgo (1), que crece con fuerza y forma grandes camas, en medio de las cuales, así como en el fondo de muchas grietas que se encuentran á los lados del gran embudo, sale una cantidad considerable de humo. Arrancando alguna parte de musgo, se notaba debajo una especie de limo caliente, y profundizando la bola del termómetro en este limo, subia de repente el mercurio al grado de ebullicion. Cuando se aproxima el oido al suelo, se oye distintamente debajo un ruido parecido al que hace el agua al hervir. Hay sobre el borde de los puntos donde el agua corta muchas venas perpendiculares de una manera vitrificada, que proviene de sustancias que han sido quemadas, pero no puestas en fusion. Algunas de las rocas del embudo contenian muy bellos zoófitos.

A doscientos pasos del malecon, se eleva una roca muy curiosa, aislada, de forma cónica y compuesta de diferentes capas de materia, de la que algunas están casi vitrificadas, y de otras aun lejos de serlo; pero todas indican los efectos del calor. El todo parece confirmar la opinion del doctor Gillan, que cree que la isla de Amsterdam ha sido producida por un fuego subterráneo, y conserva en distintos puntos señales evidentes de la erupcion de un volcan. A los lados oeste y sud-oeste de aquella isla, se ven cuatro pequeños conos regulares, y que tienen en su centro cráteres donde la lava y las otras materias volcánicas tienen todas las apariencias de una formacion reciente. El calor es además allí tan grande, y sale de sus numerosas hendiduras tanto vapor elástico, que no hay duda de que ellos han estado no hace mucho en estado de erupcion. Desde que el termómetro se apoyaba en su superficie, subia á 180 grados, y cuando se le hundia en las cenizas llegaba hasta 212: sin duda hubiera subido mas; pero la *escala*, no estando graduada sino hasta el punto que indicaba el agua en ebullicion, y lo largo del tubo siendo proporcionado á aquella ascension, se le retiraba prontamente por miedo que una esplosion mayor del mercurio rompiese el cristal.

La tierra temblaba al andar, y al chocar con una piedra, se oia resonar por debajo. El calor era tan fuerte, que cuando se dejaba un cuarto de minuto sin andar, se sentia quemar sus piés. La concha que ya hemos descrito, y que no es sino un cráter lleno de agua, es el mas grande, no solo en Amsterdam, sino quizás de toda la tierra. Su nombrado diámetro escede mucho al del Etna y el Vesubio. Ciertamente, la cantidad de materias, cuya erupcion exige semejante abertura, y la fuerza con la cual estas materias han sido lanzadas para vencer la resistencia que le oponen á la tierra y mar que están encima, deben ser prodigiosas.

Despues de la manera con que se acostumbra á juzgar de la antigüedad de los volcanes, este vasto cráter debe haber sido formado en una época muy remota. La lava que ha vomitado, ha sido al tiempo de descomponerse y reducirse á polvo, cuyo amontonamiento es en algunos puntos muy considerable; se halla al mismo tiempo repartida sobre casi toda la superficie de la isla, y ha favorecido la vegetacion, sobre todo alrededor del cráter, porque la yerba allí es muy larga y crece con mucha fuerza. Las raíces fibrosas de esta yerba se estienden en seguida en todas direcciones á través de las lavas descompuestas, y las cenizas volcánicas podrian, mezclándose con las hojas y los tallos que se caen y corrompen tambien cada año en la tierra, formar en todas partes una cubierta de suelo muy rico y de muchos piés de profundidad (2). No obstante, como este suelo no está comprimido sino por su propio peso, queda esponjoso y sin mucha cohesion, y se le ve surcado, he-

(1) Especies conocidas con el nombre de *marchant* y *ficopodium*.

(2) Todas estas observaciones están perfectamente de acuerdo con los principios espuestos de una manera tan luminosa por el Sr. de Lametherie, en su interesante obra sobre la Teoria de la tierra. (N. del T.)

La mejor calidad.



Cuando contemplo á mi mujer tan embobada con su hijo, prefiriendo á todos los placeres tenerle en su regazo y darle su sangre por alimento, le perdono todas sus genialidades y los sinsabores que me causa con ciertas cualidades que no quisiera ver en ella.

Su cariño maternal es el mejor equivalente de todo lo bueno que le falta.

Ya que todo no se puede conseguir, que tenga al menos esa virtud que embellece tanto todo lo demás.

dido en muchos sitios, y con las lluvias del estío y con los torrentes que ocasionan la fundición de la nieve que en invierno cubre de muchos piés de espesor todas las partes de la isla donde el calor subterráneo no tiene bastante fuerza para fundirla. Hay sitios donde los surcos son más profundos y forman cavidades ó especies de reservorios naturales, en los cuales corre el agua por todos lados y se conserva todo el año, porque estando sombreada por la yerba alta que crece todo alrededor, son destruidos casi enteramente por los rayos del sol y se hace muy poca evaporación. Estos reservorios son, por lo tanto, bastante pequeños y poco numerosos. El más considerable no contiene más de tres ó cuatro toneles de agua, y no se encuentra otro en toda la isla, excepto la que proviene de manantiales que se hallan alrededor del gran cráter.

Es penoso marchar á la isla de Amsterdam porque el suelo casi siempre está movedizo, esponjoso y lleno de hoyos que los pájaros de mar ahondan para hacer sus nidos. El pié se hunde á cada paso y aun muy profundamente; así, aunque apenas tiene tres millas, desde el borde del gran cráter hasta la costa occidental de la isla, no se la atraviesa sin mucho trabajo.

Casi en el centro de la isla, hay un sitio cerca de doscientos pasos de largo, y un poco menos de ancho, por donde no puede pasarse sin mucha precaución. Allí se dice que es donde toma origen un manantial caliente, que corre por los intersticios de la lava hasta cerca del gran cráter, y brota un poco por encima de la

balsa que forma. El calor es muy fuerte en este sitio para consentir ninguna vegetación.

Se halla cubierto de una especie de cieno ó de pasta formada por las cenizas que sin cesar desprende el vapor de las aguas que están debajo. Cuando se remueve aquel cieno, el vapor sale con violencia y á veces muy abundante, y el cieno está tan caliente que uno de los viajeros que habia entrado sin advertirlo, se quemó los piés.

Las mismas causas que en aquel sitio se han opuesto á la vegetación, producen el mismo efecto en los cuatro nuevos conos. Su superficie no está cubierta sino de cenizas, y la lava, repartida por las cercanías no ofrece la menor apariencia de musgo, lo que prueba que su erupción es reciente. Pero tampoco hay lava del gran cráter, porque de todos lados donde sus orillas son las más perpendiculares, y donde hallándose siempre las cenizas bastante bajas para sostenerse, han corrido á lo largo de las rocas, y se ven á estas tapizadas de un musgo entrelargo.

Todos los reservorios así como los manantiales calientes, á escepcion de uno solo, son salobres, tomando origen de los bordes más elevados del cráter. Su agua no sale bullendo á través de las piedras y el cieno como las demás. Desciende al contrario con velocidad, formando un pequeño arroyo cuya temperatura no escede de 112 grados: allí puede sostenerse la mano por mucho tiempo sin que incomode: esta agua es muy ferruginosa. Los huecos de las rocas de donde descende, y la concha donde se detiene, están incrustados del ocre que deposita. Los marinos

que habitan en la isla, no beben otra agua, y ningun mal resultado experimentan de ella: la costumbre les hace no encontrarla desagradable.

Visto desde lo alto de la isla, el gran cráter parece estar formado en su origen por un círculo perfecto, pero las aguas del mar le han roto del lado del Este, donde la marea sube con violencia; y la lava que hay en este lado, está hundida. El agua que se encuentra en la concha del cráter tiene 170 piés de profundidad, y desde el fondo de esta hasta el fin del cráter, hay si no lo mismo, por lo menos cerca de 900 piés.

Las rocas mayores en medio de las que se vé aquella abertura, es la parte más elevada de la isla que parece no haber sido formada sino por la lava fundida que el volcan ha repartido á su alrededor: así hay una pendiente graduada desde el vértice de la montaña hasta el mar, y aunque la lava sea muy irregular, y se encuentre confusamente mezclada y descompuesta alrededor del cráter, tiene su uniformidad á cierta distancia. Las capas se hallan colocadas unas sobre otras con una especie de simetría y con una pendiente bastante dulce. Esta disposición de capas es sobre todo fácil de observarla por el lado de occidente, donde la regularidad de la pendiente se interrumpe repentinamente por un horrible precipicio. Allí las erupciones que han tenido lugar en distintas épocas, se hallan marcadas por diferentes capas, de la que cada una de ellas está dividida con orden. La lava vitrificada siempre está bajo la compacta que la cubre; la celular se halla sobre la compacta; las cenizas volcánicas y

otras sustancias mas ligeras se encuentran encima, y el resto cargado de una capa de tierra blanda y vegetal.

La isla se halla en tal estado de combustion subterránea que, contemplándola de noche desde la cubierta de la embarcacion, vimos en las montañas llamas que salian por distintas hendiduras, y que eran mucho mas considerables, pero desde luego muy parecidas á las que se notan en Pietra Mala, entre Florencia y Bolonia, ó á las que ocasionan algunas veces cerca de Bradley, en la provincia de Lancastre, los incendios de las minas de carbon. Durante el dia no notamos sino el humo.

La isla de Amsterdam está situada por los 33°, 42' de latitud sud, y por los 76°, 54' de longitud al este del meridiano de Greenwich. En el gran cráter, la brújula varía de 19°, 50' al oeste del polo: durante la estancia que hizo el *Lion* en aquella isla, el termómetro de Fahrenheit se sostuvo á 62 grados. La longitud de la isla es, del norte al sur, de mas de cuatro millas, y su latitud, de este á oeste, de cerca de dos: lo que forma una superficie de cerca de 8 milímetros cuadrados ó de 5,120 áreas, cuyo suelo es casi por todas partes fértil. La isla no es accesible sino por el lado de este á oeste, donde el gran cráter forma un puerto cuya entrada llega á ser cada dia mas profunda, y podria con facilidad, con los auxilios de la ciencia, recibir grandes embarcaciones. Las mareas hacen tres millas por hora: á la entrada y salida del cráter suben de 8 á 9 piés cuando la luna está en su lleno, ó que cambia de cuarto. Su direccion es sud-este cuarto de sud, y nord-este cuarto norte. La mar tiene 8 ó 9 piés de profundidad hasta el borde del cráter.

El inglés que permanece por segunda vez en la isla, habla de una manera mas favorable del tiempo que allí reina durante la estacion del frio. En estío, el aire es allí muy agradable y el viento muy vario; pero en invierno las tempestades son frecuentes: cae mucho granizo y nieve, y los vientos de nord-oeste y de sud-oeste soplan constantemente con fuerza poniendo muy mala mar; se dice que entonces las nubes elevan algunas veces una gran cantidad de agua de la concha del cráter y se estienden como sábanas en la cúspide de las montañas que, como ya hemos dicho, no tienen menos de 700 piés de elevacion.

El pequeño barco, que el mes de setiembre precedente habia llevado á la isla cinco hombres á quienes encontramos, habia estado anclado dos meses en la costa, sin poder enviar mas que dos veces el bote á tierra: de manera que las provisiones que habia dejado á aquellos cinco hombres eran tan cortas, que indudablemente se habrian de morir de hambre si no hubiesen encontrado en la isla mucho pescado y caza: estaban absolutamente faltos de pan y legumbres. Pero á parte de lo que el *Lion* y el *Hindoustan* les dieron, los prisioneros de estas dos embarcaciones plantaron cerca de sus chozas patatas y otros vegetales que podian ser de un gran recurso, no solo para ellos, sino para los demás marinos que habitasen en la isla. Y la verdad, seria conveniente que no faltasen en este sitio algunos; puesto que se encuentra en el camino de las embarcaciones que van á la China, ó que pasan por la parte exterior, en las costas orientales del Hindoustan.

Las costas de la isla de Amsterdam abundan en escelente pescado: sobre todo se coge una especie de bacalao, que, fresco ó salado, es de todas maneras muy bueno. Hay tantos cangrejos en la barra que se encuentra á la entrada del cráter, que cuando la mar está baja, se les puede coger con la mano. En el punto donde las embarcaciones están ancladas, los marineros sumergian en el agua cestos donde ponian trozos de carne de tiburones, y al cabo de algunos minutos los sacaban llenos de cangrejos: algunos sedales con anzuelos eran suficientes para pescar lo necesario para alimentarse toda una semana. Esto debe parecer tanto mas extraordinario, cuanto que habia en el mismo sitio una considerable cantidad de tiburones y perros de mar, que se sabe son en extremo voraces y los eternos enemigos de todos los demás pescados.

(Se continuará).

HISTORIA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ITALIANA.

(Continuacion.—Véase el n.º 38).

Los periódicos italianos han referido esta semana la entusiasta acogida hecha en Génova y en Turin á la diputacion toscana, cuya salida anunciamos en nuestro número anterior.

Admitido ante el rey el conde Ugolino de la Cheradesca, miembro de la citada comision, espresó en estos términos á S. M. el objeto de ella:

«Señor: si el voto de la Toscana solo debiera servir al engrandecimiento de vuestro Estado, dudáramos de vuestra aceptacion; pero habiendo sido inspirado ese voto por el amor á la nacionalidad italiana, esperamos que el pensamiento de la Italia decidirá á V. M. á aceptar.»

La respuesta del rey, que la Europa esperaba con cierta inquietud, debe ser conocida testualmente.

Héla aquí:

«Estoy profundamente reconocido al voto espresado por la Asamblea de Toscana. Os doy las gracias igualmente que mis pueblos, que han acogido ese voto como una manifestacion solemne de la voluntad del pueblo toscano, deseoso, al hacer desaparecer los últimos vestigios de la dominacion extranjera, de contribuir á la constitucion de un reino fuerte para defender la independencia de Italia; pero la Asamblea ha debido comprender que la realizacion de ese voto no puede verificarse sino por medio de las negociaciones que tendran lugar sobre los asuntos de Italia. Yo secundaré vuestros deseos considerándome fuerte con los derechos que me da vuestra resolucion.»

«Yo sostendré la causa de la Toscana cerca de las potencias en quienes la Asamblea pone su esperanza, sobre todo cerca del magnánimo emperador de los franceses, que tanto ha hecho por la nacion italiana. Espero que la Europa no se negará á llevar á cabo, respecto de la Toscana, una obra reparadora que en circunstancias menos favorables realizó respecto de Grecia, de Bélgica y de los Principados.»

«Vuestro noble pais da un ejemplo admirable de moderacion y de concordia, y añadiréis á esas virtudes la que asegura el triunfo de las empresas honradas: la perseverancia, que triunfa de todo obstáculo.»

La actitud ya prevista del rey de Cerdeña en este asunto, hace cada vez mas probable la reunion de un Congreso, tanto mas, cuanto que todas las potencias de Europa tienen graves razones para desearlo. Además, los periódicos alemanes anuncian que las grandes potencias se han puesto de acuerdo sobre este principio. En efecto, segun las palabras mismas del rey Victor Manuel, el voto del gran Ducado de Toscana ha creado para la corona de Cerdeña, derechos sobre los que Europa tiene que decidir.

El gobierno francés, ya lo hemos dicho, se ha mostrado siempre deseoso de llamar á las grandes potencias á un arreglo en comun de los asuntos italianos. Austria misma parece no oponer ya tanta resistencia por su parte, y la nueva actitud de esta potencia es tanto mas natural, cuanto que bajo el punto de vista en que se hallan las cosas en la Italia central, no puede perder nada, y conserva la esperanza de salir mas favorecida en la decision de un Congreso. El gobierno inglés, favorable á la independencia italiana, ha deseado siempre una reunion de representantes de las grandes potencias, con la condicion de que este Congreso haga algo mas que ratificar pura y simplemente las estipulaciones ajustadas en Villafranca. Prusia no puede menos de felicitarse de tener voz deliberativa, despues de haberse visto libre del peso y de los peligros de una intervencion militar; y Rusia, que ha sido la primera en pedir el Congreso, parece tan decidida por esta idea como el primer dia. En fin, los principes desposeidos deben

desear tambien que Europa sea llamada á decidir sobre su suerte, que no puede ser peor.

Un decreto del dictador Farini convoca para el 4 de setiembre los colegios electorales, llamados á elegir diputados para la Asamblea de representantes de Parma. La Asamblea ha debido abrir sus sesiones en esta capital el 7.

Los representantes de las Legaciones romanas se reunieron en Bolonia el 1.º de setiembre. El gobernador de la Romaña inauguró las sesiones con el siguiente discurso que publica la *Gaceta piamontesa*.

«Señores: las poblaciones de la Romaña, despues de dar un admirable ejemplo de cordura civil con su actitud, han dado otro mas grande de cordura política, acudiendo á los comicios electorales. A vosotros toca ahora, legítimos representantes del pais, espresar sus deseos. El ministro gerente del Interior os espondrá la buena condicion de estas provincias y todo lo que deben á las juntas y al comisario del rey.»

«En el breve periodo de mi gobierno, ese resultado se debe enteramente á la inteligencia, al celo de los hombres que me han elegido. Por mi parte nada he perdonado para corresponder á la confianza que en mí se ha depositado. Me he consagrado mas especialmente á proveer á la defensa del pais contra toda agresion, y á ese fin he anudado vinculos defensivos contra los países limítrofes. Señores, manifestad con seguridad lo que quiere el pais. Constituid el poder y dadlo al que posea vuestra confianza, al que pueda identificarse con los deseos espresados por vosotros y trabajar en hacerlos triunfar. Para ese objeto debe estar revestido de la fuerza, que proviene solo del sufragio universal.»

Los periódicos ingleses comentan satisfactoriamente la respuesta del rey Victor Manuel. El *Times* admira la conducta de los Ducados y la sabiduría de su resolucion. Segun aquel diario, la historia cuenta pocos ejemplos semejantes. El rey de Cerdeña ha hecho bien en declararse soberano interino del Estado que se le ha ofrecido. Dar un paso mas, aceptar la anexion pura y simple, era declarar la guerra al Austria. El *Times* hace notar, en efecto, que el tratado de Villafranca es, en último resultado, la carta actual de la Italia; que las ventajas que de él ha reportado la Cerdeña, van acompañadas de ciertas obligaciones, y que la cesion de la Lombardia, que no es de por sí mas que una parte de las estipulaciones de Villafranca, está implícitamente subordinada á la ejecucion de la totalidad.

El *Morning Post*, órgano de Lord Palmerston, es mas enérgico en su aprobacion, y declara al propio tiempo que importa mucho á la Europa que esta cuestion sea prontamente resuelta; pero el citado diario no ve mas que una solucion aceptable, á saber: la anexion de los Ducados al reino de Cerdeña, ó por lo menos, la formacion de un reino de la Italia central bajo el cetro de un principe de la casa de Saboya.

Este último arreglo le parece, no obstante, al diario inglés mucho menos cuerdo que la anexion pura y simple de aquellos nuevos territorios á la corona de Cerdeña. Por otra parte, dice al terminar el *Morning-Post*, la Cerdeña perderia enteramente la influencia moral que se ha conquistado, si se negara á organizar de una manera durable esas poblaciones, privadas hoy de sus gobiernos. La Cerdeña debe vencer ó sucumbir con las poblaciones italianas, que acaban de declarar tan noblemente que querian vencer ó sucumbir con ella.

El mismo periódico ha publicado una especie de acta de acusacion contra el principe Poniatowski, que habia hecho entender á los toscanos que se les concederia toda clase de ventajas por premio de la restauracion del gran duque, y que esta era la opinion del mismo lord Palmerston.

Estas acusaciones que ya habian hallado eco en las columnas de los periódicos toscanos, han dado por resultado una carta del principe, que, refiriéndose á las comunicaciones del ministro de Francia para hacer constar su cualidad de agente francés, declara calumniosas las aserciones que atentan á su honor.

El partido reformista y unitario en Alemania sigue trabajando con ardor en su idea. Iniciada esta por el partido democrático, se formó la reunión de Eisenach del 17 de julio, que fué anunciada como una reunión democrática. Casi al mismo tiempo que esta se verificaba, apareció la declaración de Hannover del 20 de julio, que representaba aspiraciones análogas del partido constitucional, y habiéndose puesto de acuerdo la comisión nombrada por la reunión de Eisenach y los firmantes de la declaración de Hannover, se provocó una reunión común, que tuvo lugar en Eisenach el 14 de agosto. En dicha reunión se adoptó y firmó la declaración siguiente:

«La peligrosa situación actual de la Europa y de la Alemania, y la necesidad de subordinar las consideraciones de partido á la grande obra de la unión de la Alemania, han determinado la reunión de cierto número de personas pertenecientes al partido democrático y al partido constitucional, á fin de ponerse de acuerdo para llegar á establecer una Constitución unitaria alemana, y á concertarse sobre las gestiones comunes necesarias para conseguir ese objeto. Tomando por punto de partida la declaración de Eisenach del 17, y la de Hannover del 19 de julio último, se han puesto de acuerdo sobre los puntos siguientes:

»1.º Vemos en la situación actual de Europa grandes peligros para la independencia de nuestra patria alemana, que mas bien se han aumentado que disminuido por la paz estipulada entre Francia y Austria.

»2.º Esos peligros tienen su última razón en las miras de la Constitución federal de Alemania, y solo pueden conjurarse con una pronta modificación de esa Constitución.

»3.º Con este fin, es necesario que la Dieta germánica sea reemplazada por un gobierno central sólido, fuerte y permanente, y que se convoque una asamblea nacional alemana.

»4.º En las circunstancias actuales, las gestiones mas efectivas para alcanzar ese fin, solo pueden hacerse por Prusia; hay, pues, que esforzarse á determinar á Prusia á que tome la iniciativa.

»5.º Si en una época próxima, Alemania fuese amenazada de nuevo directamente, habria que conferir á Prusia, hasta la constitución del gobierno central, la dirección de las fuerzas militares alemanas, y la representación diplomática de Alemania en el exterior.

»6.º Todo alemán está en el deber de apoyar con todas sus fuerzas al gobierno prusiano, mientras su acción suponga la identidad de la misión de la Prusia con las necesidades y la misión de Alemania.

»7.º Esperamos de todos los amigos de la patria alemana, que pertenezcan al partido democrático ó al constitucional, que antepondrán la independencia y la unidad nacional á las exigencias de partido, y que cooperarán con unidad y perseverancia al establecimiento de una sólida Constitución de Alemania.»

En las provincias del estado de Parma se han recogido los votos que espresan la opinión de las poblaciones, y que dan el resultado siguiente: en favor de la unión con el Piamonte, 56,183; contra la unión, 183.

La asamblea de Bolonia ha votado por unanimidad una moción en favor de la abolición del gobierno papal en las Legaciones. El embajador francés en Roma ha hecho proposiciones importantes á la Santa Sede.

Segun parece, ha aconsejado al papa que deje que las Legaciones conserven la administración separada que estas se han dado, á condición de recibir un gobernador de manos del santo Padre, y de pagarle un impuesto. Se cree saber, dice el *Universo*, que estas proposiciones no son compatibles con los derechos y dignidad de la Santa Sede. Este sistema, dice el *Diario de los Debates*, que colocaria á las Legaciones bajo la soberanía de la corte de Roma en una situación bastante análoga á la de los Principados Danubianos, bajo la soberanía del Sultan, ha llegado ya á oídos del

público mas de una vez, y no debe parecer nuevo á la Santa Sede. No seria imposible que el estado de la Italia central hiciese inclinarse al papa á que aceptara un arreglo de este género. Como quiera que sea, debe felicitarse de ver abandonada por la Santa Sede la idea de tomar las Legaciones por fuerza. La alianza hoy consumada de los Estados sublevados de la Italia central, habria hecho semejante empresa en extremo sangrienta, y el éxito muy dudoso. Mas vale que, tanto las Legaciones como los Ducados, esperen la decisión de Europa.

El Norte se cree autorizado á anunciar con toda certeza que el rey de los belgas irá á visitar al emperador á Biarritz. Por otro lado, se asegura que el Castillo de Arenenberg, en Suiza, propiedad particular del emperador, ha sido designado para una nueva entrevista del emperador de Austria y del emperador de los franceses, á fin de aclarar, sin duda, los puntos que quedarán oscuros en los preliminares de Villafranca.

Pronto sabremos la verdad sobre estos proyectos de viaje.

LUIGI FARINI, DICTADOR DE MÓDENA, PARMA Y PLASENCIA.

Pocos hombres habrá hoy en Italia tan populares, tan simpáticos, tan queridos como lo es el caballero Luigi Farini, dictador de Módena, de Parma y de Plasencia. De gallarda persona, de inteligencia viva, de vigoroso talento, y de una elocuencia insinuante y conmovedora, el antiguo patriota romano se ha captado el amor y la admiración de sus administrados.

Ardientísimo amante de la independencia italiana, pero liberal prudente y sesudo, así rechaza las locas exageraciones del absolutismo, como combate el desorden y la anarquía. Hombre esencialmente hecho para el gobierno, el antiguo ministro de Pio IX y de Victor Manuel se ha mantenido siempre á la altura de su reputación, y la ha sobrepajado á veces.

La organización de la división modenense se debe á él solo, que en pocos dias ha formado dos brigadas de excelentes tropas, y eso sin recurrir á la quinta y á la conscripción.

Elocuente y fogoso orador en un país en que la elocuencia es todo, Farini ha aprovechado el poder de su palabra para mantener el entusiasmo en el pecho de las masas, y para consagrarlo á los altos fines que se propone la patria.

Su discurso á la Asamblea modenense, sus anteriores proclamas, y últimamente la que ha dirigido á los pueblos de Parma y de Plasencia, revelan á la vez las dotes del tribuno, la esquisita prudencia del gobernante y la fé ardiente del hombre público, que marcha seguro, sin vacilaciones ni temores, á un fin lisonjero y nobilísimo.

El dictador Farini, cuando despues de haber cumplido con magnánimo patriotismo é hidalguía su importante misión, baje del pretorio para volver á la tranquilidad del hogar doméstico, el agradecimiento de los pueblos y del rey será su mas lisonjera recompensa.

Las municipalidades de Módena y de Reggio, las dos ciudades mas importantes del ducado, le han declarado ciudadano noble, y todo el mundo sabe cuánto se aprecia en Italia esta rara distinción.

Dícese también que el rey Victor Manuel le concederá, en premio de sus grandes méritos, como su antiguo gobernador en Módena, la dignidad de gran cruz en la esclarecida orden de san Mauricio y san Lázaro.

Los electores del distrito que representaba anteriormente en el parlamento piamontés, le han reelegido por unanimidad, casi por aclamación. Y sin embargo, gobernando hoy un país que hasta ahora es extranjero al Piamonte, el director Farini no podrá tomar asiento en la Cámara sarda, hasta que quede concluida su misión, ó Módena se reuna, como lo desea, al reino del Piamonte.

La historia reservará en sus páginas un lugar muy distinguido á Luis Farini, dictador prudente y enérgico, orador apasionado, historiador profundo y concienzudo.

ANÉCDOTAS DE LA GUERRA DE ITALIA.

El *Diario del Havre* publica los siguientes datos referentes á las edades de los mariscales franceses, á quienes se han encomendado los mandos militares mas importantes:

Mr. de Castellane nació en 1788, Mr. Vaillant en 1790, Mr. Magnan en 1791, Mr. Pelisier en 1794, Mr. Baraguay d'Hilliers en 1795, Mr. Randon en 1795, Mr. Niel en 1802, Mr. de MacMahon en 1807, Mr. Canrobert y Mr. Bosquet en 1809. De suerte que el que mas edad cuenta de estos altos dignatarios llega á 71 años, y el mas joven tiene 50.

Gran parte de los cañones cogidos á los austriacos y traídos á Paris son de origen francés; son obuses tomados á los ejércitos de la república: para recobrarlos, se ha necesitado medio siglo. El público, admirado de la belleza, y sobre todo de la fama de los cañones rayados, no ha dejado de comentar y criticar esas piezas de artillería de corto alcance, muy abultadas y toscamente montadas en cureñas de pobre aspecto.

Un parisien, vendedor de coco por necesidad, y apasionado por la guerra, habia ido al ejército de Italia con el fin de sacar algun provecho en su profesion, y el dia de la batalla de Magenta anduvo siempre lo mas cerca posible de un regimiento de zuavos, que como buen hijo de Paris aficionaba mucho.

Un general que pasó próximo á donde él estaba, celebró la ocasión de ver allí al buen vendedor de coco, que mas de una vez habia dado de beber gratis al soldado en las marchas.

—Dáme de beber, le dijo.

Y el mercader presentó al momento su licor refrescante, que supo muy bien al general.

—Vamos, dime, ¿á cuánto vendes esto á nuestros soldados?

—En tiempos normales, mi general, á cinco céntimos el vaso.

—Y ahora, añadió el general, atendiendo á las dificultades, á dos sueldos, ¿no es verdad? Vamos, vamos, amigo, no es caro.

—Hoy, respondió el parisien, habeis ofrecido gratis un baile á los austriacos, y me encargo yo de los refrescos. No se paga.

—Siempre puede pagarse un buen dicho, dijo á su vez el general, que no queria aparecer menos generoso, y obligó á nuestro hombre á que aceptase un doblon de cuatro duros.

Por la noche aquel doblon sirvió para celebrar la ocurrencia en la escuadra de un nuevo amigo íntimo del vendedor de coco, que ha contado la anécdota, asegurando que se refrescaron con diversos licores.

El pintor italiano, Luis Pavese, ha concluido un retrato al óleo del rey Victor Manuel, en el acto de pronunciar un discurso al parlamento italiano. El rey tiene una mano sobre la Constitución, y la otra sobre el puño de la espada. Al lado del rey hay una mesa en que se despliega el mapa de Italia, en el que no se han puesto las divisiones de los reinos.

Al dia siguiente de la batalla de Solferino, y en una llanura que se hallaba cubierta de cadáveres, unos cuantos granaderos franceses se habian separado de su campamento para dormir á la sombra de unas moreras. Uno de ellos, que no dormía, y que se habia encargado de despertar á los demás en caso de alerta, vió aproximarse algunos paisanos de los que se habian dedicado á desnudar los cadáveres, y que los soldados habian bautizado con el significativo renombre de cuervos.

Hacia tiempo que se hablaba de aquellos sinistros bandidos que robaban al pobre soldado su noble mortaja, el uniforme con que habia combatido; y el veterano que velaba vió una ocasión de cogerlos *in fraganti*. Estaba seguro de que sus amigos dormían demasiado para poderse

despertar sin previo aviso, y él, por su parte, se decidió á hacerse el muerto: en cuanto á los merodeadores, se ocuparon pronto en llevar adelante su horrible mision quitando trajes y registrando bolsillos. De repente ven á nuestros granaderos dormidos.

—Mira, mira, dice uno de ellos, estos han debido ser acuchillados por los hulanos: se habian refugiado alrededor de un árbol, pero no les valió.

—Imbécil, dijo otro, ¿no ves que están durmiendo?

—No lo creo: mira, escucha: ¡He, compañeros!

Nadie respondió.

—¿No ves como están muertos? volvió á decir el primer cuervo: vamos, vamos, registremos.

Y dieron principio á su obra, empezando precisamente por el granadero que velaba, quien, levantándose de un salto, gritó: ¡á las armas! Los demás compañeros se despertaron; y viendo de qué se trataba, en un instante se hicieron dueños de todos los bandidos, segun lo habia previsto el vigilante. Despues, tomándose por si mismos la justicia, con la serenidad que acostumbra á usar los soldados en semejantes casos, fueron atando uno á uno los cuervos al tronco del árbol mas próximo, y les aplicaron unos cuantos palos con la fruicion que es de suponer.

Este rudo castigo era para ellos una débil venganza del sacrilegio cometido con los cadáveres de sus amigos y enemigos.

El alférez de navio, conde Victor Wimpffen, hijo del feldzeugmestre, conde Wimpffen, comandante del primer ejército austriaco, se ha casado con la hija del baron Simon de Lima: la desposada lleva un dote de veinticinco millones de francos.

M. GARCÍA GONZALEZ.

SECCION RELIGIOSA.

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES.

(Su festividad el dia 24 de setiembre).

(Conclusion.—Véase el núm. 38).

Palideció la viuda, y llevó sus manos al corazón, desfallecido de alegría y de temor. El buque de los cautivos se puso al alcance de su vista: el viento hacia ondear la bandera en la proa; y se distinguian sobre su fondo blanco las armas de Aragon y la divisa:

Redemptionem misit populo suo.

—Es el san Juan Bautista, el navio de los redentores, exclamó el pueblo.

—¡Gran Dios! dijo la viuda: ¡seria eso posible! ¡Oh Virgen Santa! no permitais que me engañe en mis esperanzas!

Miró todavía, y vió sobre el puente un hombre vestido con una capa blanca.

—Madre mia, dijo la jóven: ¡es él! es aquel sacerdote!

—Hay un cautivo á bordo. ¡Victoria! victoria! dijeron los marineros y los pilotos. ¡Victoria por Nuestra Señora de la Guardia! El cautivo colgará sus cadenas en sus altares.

La señora se aproximó á la orilla del mar: una nube cubria su vista; no se atrevia á mirar por miedo de no ver á su esposo tan largo tiempo aguardado; pero las exclamaciones de sus hijos y del pueblo la obligaron á levantar los ojos..... El navio se hallaba en la rada: un hombre bajaba, un hombre pobremente vestido, con

los piés descalzos y las manos cargadas de cadenas, pero con la frente radiante. Dió ella entonces un grito, se adelantó algunos pasos, y cayó, llena de alegría, en los brazos del cautivo. Estrechóla este contra su corazón; bendijo con el gesto y la vista á sus hijos, que, llorando, se esforzaban por quitar las cadenas; pero volviéndose inmediatamente, y designando al religioso que bajaba de la galera, exclamó en voz alta:

—Esposa, hijos; si me amais, bendecid á este religioso, á quien debo la libertad y la vida.....

¡Que todo el que ame á Melfort quiera á este hombre de Dios!

Y como el padre religioso queria alejarse, el caballero le detuvo vigorosamente por el brazo, y dijo todavia mas alto:

—Me ha buscado hasta en los confines del gran desierto, donde me habian llevado mis amos; me ha encontrado moribundo de la fiebre amarilla; sin temor y sin disgusto se ha instalado á la cabecera de mi cama, y me ha curado con sus cuidados, y mas todavia por tan buena amistad. Los infieles no se creian bastante pagados con mi rescate..... se ha ofrecido á permanecer cautivo en mi lugar; pero yo pongo por testigo á Dios y á su bendita Madre, de que no lo hubiera permitido. Hé aquí lo que ha hecho; y yo quiero, ¿me oís, hijos míos? que todo lo que lleve el nombre de Melfort, sea en lo sucesivo el amigo y el servidor de la santa orden de la Merced.

Al acabar estas palabras, un hombre vestido con una túnica y un sombrero de paño, se adelantó bruscamente, y dijo:

—¿Sois vos el señor de Melfort? conocéis el nombre de vuestro redentor, señor mio?

—Se llama fray Berenger; no le conozco otro nombre.

—Yo os lo diré, yo: ¡se llama Berenger, señor de Elvar. ¿De Elvar, lo oís?... ¡Ah, mi querido amo, mi querido señor! añadió el aldeano bañando de lágrimas la mano del religioso: ¡os he reconocido!

Melfort habia retrocedido lleno de estupor; miraba al religioso con una especie de terror, cual si un muerto, salido del sepulcro, se hubiera presentado ante sus ojos.

—¿Berenger de Elvar? dijo por último: ¿es verdad?

—¿Sí, es verdad? Yo hubiera reconocido á mi señor en medio de un ejército, exclamó Santiago Leronge (porque era él); yo fui en otro tiempo su vasallo, su siervo, me dió libertad y me enriqueció; soy al presente hombre libre y ciudadano de esta ciudad..... es mi bienhechor.

—¡Y el mio! dijo Melfort cayendo de rodillas á los piés de Berenger; siervo de Dios, ¿lo que oigo, es verdad? sois vos el que me habeis salvado á costa de vuestra propia vida?..... A mí... á mí..... ¿Sabiais quién era yo, y me habeis perseguido con vuestros beneficios?

—No os humilleis delante de un pecador, hermano mio, dijo Berenger levantando al caballero: olvidemos lo pasado y roguemos á Dios nos perdone nuestras mútuas ofensas.

—Vuestro perdon es el que yo imploro para poder esperar el de Dios, replicó Melfort; empero, sabedlo: desde el dia en que por vengar las ofensas de mis padres puse mis manos violentas sobre los vuestros, desde aquel dia fatal no he tenido una noche tranquila, y la misma felicidad

que me habia otorgado el cielo, se convertia en amargura.....

Creeré, sin embargo, ser absuelto si vos me perdonais.

—Recibid este abrazo en prenda de mi amistad, dijo Berenger, estrechando en sus brazos á aquel que fué el enemigo de su casa, y venid al altar donde voy á ofrecer la santa victima para recibir el cuerpo y la misericordia de vuestro Dios..... Venid, seguidme.

Dirigiéronse á la capilla de nuestra señora de la Guardia, seguidos de Santiago Leronge y de una multitud de pueblo. El cautivo colgó sus cadenas á los piés de la imágen milagrosa, y comenzó la misa. Berenger de Elvar, el hijo y el discípulo de san Pedro Nolasco, inmoló sobre el altar, por última vez, los recuerdos de odio y resentimiento, y cuando, unido él mismo al Salvador de los hombres, depositó la santa Hostia sobre los labios de Melfort, aquellos dos vástagos de dos casas enemigas habian desaparecido.

No quedaban mas que hermanos unidos por los vínculos de la caridad divina, por el sacrificio de la mas alta virtud y por el reconocimiento mas humilde y mas profundo.

La obra del rescate de los esclavos se continúa en nuestros dias de una manera mas interesante todavia, pues que se ejecuta por mujeres, y tiene por objeto los pobres niños idólatras.

Las religiosas del buen Pastor de Angers han fundado una casa en el Cairo y otra en Túnez, y se han consagrado al rescate y la educacion cristiana de las niñas esclavas que hacen comprar en los mercados. Una limosna de cincuenta á sesenta pesetas basta para el rescate y la educacion de una niña africana, á quien se la da á la vez el cielo y la libertad. La obra de la santa Infancia, tan propagada en todo el mundo, y que en España tiene á su cabeza á la escelsa princesa de Asturias, se ha consagrado tambien á rescatar los niños de la China destinados á abandono y á la muerte. Una limosna de dos cuartos al mes basta para obrar tan grande prodigio de caridad.

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Propiedades generales de los cuerpos. — Porosidad. — Compresibilidad y elasticidad.

Pasemos á estudiar las propiedades generales de los cuerpos, comunes á todos ellos, lo propio al presentarse en el estado sólido, que bajo la forma líquida ó gaseosa; y como nos fuera de todo punto imposible abrazar en un solo artículo el exámen de todas aquellas, solo se contraerá hoy nuestro estudio á la *porosidad*, á la *compresion* y á la *elasticidad de los cuerpos*.

Al examinar un cuerpo, un pedazo de coke ó de madera, por ejemplo, se nota desde luego que presenta su superficie ciertos vacíos ó poros que separan las partes materiales que los constituyen: esta propiedad se denomina *porosidad*, designándose bajo el nombre de *poros* los intervalos exentos de materia, á los cuales nos hemos referido. La porosidad puede considerarse bajo dos puntos de vista: si se estudia segun la defi-

nición que hemos asentado, es decir, como resultado de la falta de continuidad entre los átomos de los cuerpos, será objeto de nuestra atención la porosidad denominada por varios autores *intermolecular* ó *simple*. En cambio, si admitimos la acepción vulgar que se presta á la palabra porosidad, ó sea como expresión de la existencia de poros ó cavidades mucho mayores que los moleculares, en este caso tiene que fijarse la atención en la porosidad, de la cual nos ofrecen ejemplos notables las maderas, las esponjas, el corcho, etc., etc. En la primera suposición, á causa de la excesiva pequeñez de los poros, la vista no alcanza á medir los espacios que median entre los átomos, visibles por el contrario en los últimos cuerpos que hemos citado.

Para convencernos de que la porosidad es general á todos los cuerpos, recordemos el aumento y disminución de volumen que en los mismos origina el ascenso ó descenso de la temperatura que experimentan. Sus dilataciones y contracciones demuestran de una manera irrecusable que las moléculas que los constituyen, pueden acercarse y separarse, ó lo que es lo mismo, que no se tocan entre sí. Repetidas experiencias demuestran también que, á medida que aumenta el descenso de la temperatura de un cuerpo, va decreciendo su volumen, sin poder conseguir que llegue á haber íntimo contacto entre sus átomos.

Por otra parte, á medida que crece la presión que puede desarrollarse sobre los cuerpos compactos, cuya porosidad desea demostrarse de una manera tangible, se alcanza este resultado respecto á cuerpos de una densidad harto notable. Recordemos que los académicos de Florencia, en 1661, demostraron la porosidad de los metales, logrando por el desarrollo de una presión considerable, que el agua cruzase las sólidas paredes de una esfera de oro.

La figura de la pág. 616 es el aparato que se emplea para demostrar la porosidad de los cuerpos: consta de un largo tubo de vidrio A, cuya parte superior termina por una copa ó receptáculo metálico m, en cuyo fondo se sitúa un disco de cuero fuerte y compacto. La parte inferior del mismo tubo se adapta al plato P de una máquina neumática, por medio de la cual se efectúa el vacío en el tubo, y á medida que se consigue este, la presión atmosférica exterior actúa sobre el mercurio, del cual se ha llenado la copa m, que pasa al través de los poros del cuero, cayendo en forma de lluvia en el interior del tubo.

La porosidad se ha utilizado de mil maneras en varias y distintas aplicaciones industriales; en la economía doméstica se emplean para purificar los líquidos, filtros de papel, de fieltro, de piedra, de carbon, etc., cuyos poros, al mismo tiempo que dejan cruzar aquellos, se oponen al paso de las materias que contienen en suspensión. El aumento de volumen que origina en las maderas la introducción del agua en los poros de las mismas, cortadas en forma de cuñas, produce esfuerzos de consideración en las superficies de las piezas entre las cuales se han interpuesto. Las cuerdas al mojarse disminuyen de longitud, al mismo tiempo que aumentan de diámetro, y utilizando esta propiedad, se han efectuado esfuerzos de tracción de gran magnitud, como lo manifiesta el relato de la siguiente anécdota ocurrida en Roma, bajo el pontificado de Sisto V, al

elevant sobre su base un obelisco procedente de Egipto, cuyo peso considerable traía inquietos y recelosos á los arquitectos encargados de su erección: el número de espectadores que ocupaba la plaza era inmenso, los aparatos dispuestos para elevar el obelisco principiaron á funcionar; pero las cuerdas solicitadas por tensiones de gran empuje se alargaban continuamente, y el temor de que no fuera hacedero lograr el intento que se apetecía, era la preocupación de todos, cuando una voz salida de la multitud, ordenando que se *mojasen las cuerdas*, dió el medio á que se debió la erección del obelisco.

Las operaciones industriales que con el auxilio de las prensas hidráulicas se están practicando, han demostrado de una manera evidente la porosidad de los metales: al crear el hombre las presiones colosales que necesita para elevar puentes tubulares de hierro, y para lanzar al agua masas tan importantes como es la del *Leviathan*, ni el hierro ni el acero han podido resistir á la presión desarrollada en los aparatos, y el agua, cruzando por los poros de las espesas paredes de los receptáculos metálicos, han sido causa de contratiempos y accidentes numerosos.

Como consecuencia de la porosidad, poseen los cuerpos otra propiedad que les permite el reducirse á un volumen menor, como efecto de las presiones que experimentan, y que se conoce bajo la denominación de *compresibilidad*. En los cuerpos sólidos, esta propiedad es muy variable: en unos, como la cera y el corcho, es sensible para el menor esfuerzo que sobre ellos se efectúe; en otros, como lo manifiestan los metales que se emplean para acuñar las monedas, es necesario para comprimirlos emplear choques y presiones notables por el empleo de agentes mecánicos. Quede consignado desde ahora, que la compresibilidad de los sólidos reconoce ciertos límites, á partir de los cuales, si bien ceden á las presiones que experimentan, lo efectúan desagregándose de repente y reduciéndose á polvo impalpable.

Los líquidos son igualmente compresibles, por mas que se haya creído lo contrario durante mucho tiempo: experiencias repetidas, efectuadas por físicos ilustres, entre los cuales citaremos á Canton, que en 1761 se ocupó en Inglaterra de estudiar la cuestión á que nos contraemos, y á Colladon y Sturm, que en época más reciente, en 1827, demostraron de una manera evidente la compresibilidad de los líquidos. Los resultados de sus investigaciones indican, bajo la presión atmosférica, y á la temperatura de cero grados, las contracciones siguientes, para los cuerpos que se anotan.

Mercurio.	5	} millonésimas de un volumen primitivo.
Agua destilada no exenta de aire.	49	
Agua destilada, privada de aire.	54	
Eter sulfúrico.	133	

En los cuerpos gaseosos es en los que la compresibilidad se manifiesta de una manera más notable, puesto que á medida que crece la presión que experimentan, puede reducirse su volumen á otro que sea 10, 20 y 100 veces menor que el que ocupaban en un principio; sin embargo, existe para los gases un límite para la presión que pueden experimentar, pasado el cual, pierden su estado gaseoso y adquieren la forma líquida. Los únicos gases que hasta hoy no se

han licuado por la presión, son el aire, el oxígeno, el azoe y el hidrógeno; y por ser así, los califican varios autores como gases *permanentes*.

Numerosas é importantes son ciertamente las aplicaciones industriales que reconocen por base la compresibilidad de los sólidos, líquidos y gaseosos; por su número é interés exigen un estudio aparte, que estenderemos en otra Lectura, puesto que por ahora solo intentamos dar á conocer las principales propiedades de los cuerpos, y los hechos que á las mismas se refieran, porque de otra suerte fuera difícil comprender el principio de máquinas y aparatos importantes, así como su acción y distintas aplicaciones.

La *elasticidad* es la propiedad, en virtud de la cual un cuerpo que ha cambiado de forma ó de volumen entre ciertos límites, vuelve á adquirir su forma ó volumen primitivo, al momento que cesa la acción de la fuerza que originaba aquella alteración. El esfuerzo que se desarrolla para deformar á los cuerpos elásticos, es igual al que este consume para recobrar su primer estado, y pueden medirse mutuamente por sus intensidades respectivas. Se aprecia la elasticidad de los cuerpos, por la magnitud de la deformación que pueden experimentar sin que pierdan la facultad de recobrar su antigua forma, ó por el esfuerzo que ha de desarrollarse para que cada uno de ellos experimente un mismo cambio, bien sea en su forma, bien en su volumen.

Los cuerpos sólidos poseen grados diversos de elasticidad: sirva de ejemplo la diferencia que media entre la del caoutchouc y la del plomo; y esta facultad se modifica de una manera visible por medio de ciertas operaciones, cuales son, respecto á los metales, el *temple*, el *recocido* y el *martilleo*, practicado sobre sus superficies. El estudio de estas modificaciones, muy importantes bajo el punto de vista industrial, serán en otra ocasión motivo de nuestros estudios. La elasticidad puede originarse en los cuerpos sólidos por *tracción* ó *tension*, por *compresion*, por *flexion* y por *torsion*. La primera se obtiene por la aplicación de un esfuerzo, desarrollado segun la longitud de los cuerpos, en un extremo de estos, encontrándose el otro unido á un punto fijo; el alargamiento que acusan los cuerpos, es proporcional á su longitud y á la fuerza que los solicita, encontrándose en razón inversa del área de sus secciones. Si situamos un cuerpo que posea dos caras planas y paralelas sobre una de estas, de suerte que se apoye en un plano resistente, y sobre la segunda cara se ejerce una presión que vaya aumentando, llegará un momento en que el cuerpo se aplastará. La presión que se desarrolle en dicho momento, medirá la resistencia al achafamiento del cuerpo en cuestión, resistencia que depende de la naturaleza y de la forma del cuerpo.

Para comprender lo que se entiende por elasticidad de flexion, supongamos una barra prismática, empotrada ó fija segun una situación horizontal, en cuyo extremo libre se efectúa un esfuerzo que vaya curvando la pieza á proporción que aumente la intensidad de dicho esfuerzo. Al cesar este, la barra vuelve en virtud de la elasticidad, desarrollada por la flexion, á recobrar su estado primitivo: esta clase de elasticidad es la que con mayor frecuencia se emplea en las aplicaciones industriales. Finalmente, la *torsion* de

los hilos desarrolla cierta elasticidad que origina la desviación de las moléculas que constituyen aquellos, que dejan de conservar su posición normal al eje del hilo.

La importancia de las nociones elementales que acabamos de esponder, respecto á algunas de las propiedades de los cuerpos, nos ocupará en un próximo artículo.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

La cuestión de los Ducados continúa preocupando grandemente la opinión pública, y con ansia creciente se espera el resultado de las gestiones que los comisionados de las asambleas de Toscana y Módena, por una parte, y de los destronados duques por otra, hacen en París, para atraer á su respectiva causa al emperador de los franceses.

Entretanto, los pueblos de los países de que hablamos, aprovechan todo lo posible el tiempo para presentarse compactos y unidos en sus resoluciones, y atraerse por este medio las simpatías y la adhesión de Europa. Ya hemos dicho en anteriores crónicas, que las votaciones en aquellos países habían sido altamente favorables al Piamonte, y que la idea de la anexión á este reino había dominado en ellas por una casi unanimidad. Pues bien: respecto del ducado de Parma, podemos ya decir que el resultado del escrutinio para conocer los deseos de sus habitantes, respecto á su anexión á la Cerdeña, ha sido el siguiente:

Por la anexión.	63,403 votos.
En contra.	506 —

Por su parte, la asamblea de Bolonia ha tomado en consideración una proposición, en la que se manifiesta que la Rumanía no quiere el gobierno temporal del papa. La situación de la Italia Central se complica, como se ve, de día en día, de una manera por demás peligrosa.

La diputación encargada de ofrecer á Victor Manuel la anexión de la Toscana al Piamonte, fué acogida en Turin con el mayor entusiasmo. Creemos oportuno reproducir aquí las palabras que el caballero Cheradesca, miembro de la espresada diputación, dirigió al rey, y la digna contestación dada por este. Dicho diputado se espresó como sigue:

« Señor: Si el voto de la Toscana no debiera servir mas que para el engrandecimiento de vuestro Estado, dudáramos que lo aceptarais; pero siendo este voto inspirado por el amor á la independencia italiana, esperamos que decidirá á V. M. á aceptarlo. »

El rey le respondió:

« Estoy profundamente conmovido por el voto dado por la asamblea de la Toscana. Os doy gracias lo mismo que á mis pueblos, que han acogido este voto como una brillante y solemne manifestación de la voluntad del pueblo toscano, deseoso, al destruir los últimos vestigios de la dominación extranjera, de contribuir á la constitución de un reino fuerte para defender la independencia italiana. Sin embargo, la Asamblea ha debido comprender que la realización de este voto no puede operarse sino por la vía de las nego-

ciaciones que tendrán lugar sobre los negocios de Italia. Por mi parte secundaré vuestros deseos, haciéndome fuerte con los derechos que me da vuestra resolución. Sostendré la causa de la Toscana cerca de las potencias en que la Asamblea tiene su esperanza, sobre todo cerca del magnánimo emperador de los franceses, que ha hecho tanto por la nación italiana, y espero no rehusará realizar una obra reparadora que, en circunstancias menos favorables, se ha llevado á cabo en la Grecia, Bélgica y los Principados.

« Vuestro noble país da un admirable ejemplo de concordia: vosotros añadiréis á estas virtudes la que asegura el triunfo de las empresas honradas: la perseverancia que triunfa de todo obstáculo. »

Dice el *Times*, á propósito de esta noble respuesta, que si Victor Manuel hubiese aceptado sin condiciones la oferta de Toscana, se hubiera encendido de nuevo la guerra entre el Austria y el Piamonte. Por su parte, el *Morning-Post* opina que la Cerdeña debe mantenerse firme contra las exigencias del Austria, y vencer ó sucumbir con los Ducados. Es de creer que este sea el propósito del monarca sardo.

La proposición que declara la abolición del poder pontificio en las Legaciones, ha sido adoptada por unanimidad en la asamblea de Bolonia. Después de tomada esta resolución, se ha propuesto á la misma la anexión al Piamonte.

Por lo demás, se asegura que si el papa viese amenazado su poder temporal, volvería á poner en vigor la ley constitucional de 1848, como un medio de conciliación. Continúa diciéndose que el papa se halla dispuesto á introducir reformas en sus Estados. Tantas veces se ha dicho lo mismo, que ningun asenso debe darse á esta noticia, mientras no se vea confirmada.

La visita recientemente hecha en Saint-Sauveur á Luis Napoleon por Metternich, enviado del Austria, ha tenido por objeto, segun parece, solicitar otra entrevista entre ambos emperadores, y ofrecer, por parte de aquella potencia, alianza íntima con la Francia y concesiones liberales en el Véneto, á trueque de compensaciones en Oriente.

Un despacho de Parma dice que las elecciones se han verificado allí con el mayor orden, siendo elegido, entre otros, Verdi, el compositor, Santivali, Arguisolay, Centelli, Linati, Framoni, Manfredi, Torrigiani y Luruci.

Nuestros lectores saben ya que el gobierno de Nápoles se ha visto precisado á licenciar, uno tras otro, los regimientos suizos que tenía á su sueldo, á consecuencia de las graves insurrecciones ocurridas en estos cuerpos, hasta que al fin le ha sido forzoso decretar su total disolución. Pues bien: un parte telegráfico recién recibido por conducto de Marsella, anuncia que el espresado gobierno abriga el proyecto de alistamiento de una nueva legión extranjera; proyecto que se halla á punto de realizarse. Por lo visto, los ministros del nuevo rey de las Dos-Sicilias no aciertan á gobernar sin el auxilio de bayonetas extranjeras.

Aguardábase en Turin la comisión de Bolonia encargada de presentar al rey el voto unánime de la Asamblea, relativo á su anexión al Piamonte.

El gobierno inglés ha presentado ya oficial-

mente á los de Francia y Austria una proposición encaminada á la reunión de un congreso europeo. Acerca del asentimiento ó repugnancia del Austria á este congreso, siguen las contradicciones de costumbre. Así, pues, nada se sabe aun de positivo acerca del particular.

La cuestión de los Principados Danubianos, oscurecida durante algunos meses por la guerra de Italia y las preocupaciones diplomáticas que han sido su consecuencia, vuelve á dar señales de vida, como lo revela el hecho de que los plenipotenciarios de las cinco grandes potencias, con los de Cerdeña y Turquía, se reunieron días pasados en París, en conferencia, para ocuparse de la doble elección del príncipe Couza.

Un artículo publicado días pasados por el *Monitor*, que todo el mundo creyó una manifestación de la voluntad del emperador en la cuestión de los Ducados, ha disgustado mucho á los partidarios del Piamonte, y alentado grandemente las esperanzas de los amigos del Austria. Esto es muy natural: el artículo á que nos referimos era terminantemente favorable á la idea de la restauración de los duques destronados. ¿Preferirá al fin el emperador de los franceses complacer, aun á costa de su prestigio, al Austria, á mostrarse consecuente con los grandes compromisos que espontáneamente contrajo para con la Italia, antes de la guerra y durante ella? No nos atrevemos á emitir, acerca de tan delicada cuestión, juicio alguno.

El Consejo comunal de Turin ha declarado ciudadanos de esta capital á los diputados toscanos que han presentado al rey el acta de adhesión de su país.

La asamblea de Parma ha dirigido á su vez á Luis Napoleon el voto espresado por ella en contra del poder pontificio y en favor de su anexión al Piamonte. Otra diputación de la Toscana se disponía á marchar á París, centro hoy de todo el movimiento diplomático de esta parte del mundo.

Como ven nuestros lectores, el horizonte político se carga por el lado de Italia, de espesas y amenazadoras nubes. Tales han sido los preliminares de la llamada paz de Villafranca, que, ora el emperador francés se incline al Austria, segun todo lo anuncia en estos momentos, ora se decida en pró de la Italia, parece ya imposible que esas nubes no se resuelvan, en un plazo muy cercano, en una espantosa tormenta.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

La *Gaceta* del jueves 8 de setiembre contiene el siguiente real decreto:

« En uso de la prerogativa que me concede el artículo 26 de la Constitución de la monarquía, y conforme con el parecer de mi Consejo de ministros, vengo en mandar que se reúnan las Cortes el día 1.º de octubre próximo, para continuar las sesiones suspendidas por mi real decreto de 2 de junio último. »

— Por real decreto publicado en la *Gaceta* del 9 de setiembre, se manda verificar las operaciones relativas al padrón, alistamiento y sorteo para el reemplazo del ejército activo en 1860.

empezando desde el mes de octubre próximo del presente año.

—Se dice que el gobierno dará cuenta á las Cortes de las causas que hacen necesaria la determinación manifestada en el presente decreto, al discutirse el proyecto de ley especial en que se fije el número de hombres que de este sorteo ha de ser llamado al servicio de las armas para el completo del ejército en el año próximo de 1860. En la esposición que precede al decreto, habla el gobierno del deber de estar preparados para las eventualidades que puedan nacer del estado de nuestras relaciones con el vecino imperio de Marruecos.

—A la fecha de las últimas noticias llegadas de Tanger, nuestro cónsul, el Sr. Blanco del Valle, tenía defendida su casa por 20 soldados, y lo mismo los demás representantes extranjeros que se habian hecho fuertes en las suyas respectivas. Nuestro cónsul general se ha propuesto permanecer allí con su subalterno hasta el último momento.

—Ha muerto el emperador de Marruecos; cuatro de sus hijos, de los diez que ha dejado, se disputan el trono.

—El general Echagüe, jefe del primer cuerpo expedicionario en Africa, ha marchado á Valencia para activar el embarque de tropas y de material. Del 14 al 15 deben hallarse en Algeciras. Junto al general Echagüe como los jefes de brigada, los brigadieres Barcaiztegui y Elio que se embarcarán en Alicante.

—Segun *La Independencia Belga*, la España habia notificado á los gobiernos extranjeros su protesta y sus reservas relativamente á la suerte del ducado de Parma. *La Correspondencia* contesta diciendo: que la España ha hecho en favor de la duquesa de Parma todo lo que correspondia y lo que estaba en su mano hacer, considerada la actual situación de Italia y el derecho que el duque de Parma tiene, como miembro de nuestra familia real, á ser protegido por S. M. la reina, jefe de la rama española de la casa de Borbon.

—De real orden se ha resuelto que los individuos indultados de presidio que pasen al regimiento de Ceuta, no se les imponga pena arbitraria la primera vez que cometieren alguna falta; pero que á la segunda se declare sin efecto alguno el indulto y vuelvan de nuevo al presidio á cumplir el tiempo de condena con un año mas de recargo.

—Ha sido aprobado el proyecto del trozo de la carretera de Carray al Villar, y se ha mandado proceder á la formación del proyecto definitivo del indicado trozo.

—De real orden se ha mandado que en todos los casos en que la ley lo prevenga acerca de la validez de los informes que den los párrocos sobre exenciones físicas de los quintos, debe pedirse el informe á los párrocos sin tener en cuenta si son ó no parientes del interesado, si bien cuando media esta circunstancia, deberán expresarla al emitir su informe.

—De real orden se ha dispuesto que al declarar la emancipación de los negros bozales que lleguen á ser apresados en las provincias de Ultramar, sea atribución de la real Audiencia, y deba recaer á consecuencia de la causa y con los méritos que ella produzca, dándose oportuna-

mente cuenta de la ejecutoria al gobernador, debiendo ser además el que les expida la carta de libertad.

—Ha sido autorizado D. Mariano Guillen para verificar, en el término de seis meses, los estudios de un ferro-carril que, partiendo de los montes de Triano, termine en la via de Galindo.

—Se ha autorizado á D. José Estéban Gomez para que verifique, en el término de ocho meses, los estudios de un ferro-carril que, partiendo del de Puerto-Real á Cádiz, en las inmediaciones del arsenal de la Carraca, termine en Chiclana.

—Ha sido autorizado D. Eugenio Sanchez Ballesteros para que verifique, en el término de un año, los estudios de un ferro-carril que, partiendo del punto que crea conveniente del de Manzanares á Andújar y Córdoba, termine en Ubeda.

—En Granada reina grande actividad para llevar á cabo la suscripción y obligaciones del ferro-carril granadino.

—Se dice que el Sr. Salamanca ha cedido al banquero J. Mirés la concesión del ferro-carril de Zaragoza á Alsásua, y que el Sr. Mirés trabaja en formar una sociedad especial para la explotación de dicho camino.

—En Barcelona se han tomado varias medidas para remediar en lo posible la mendicidad.

—El día 15 estarán ya SS. MM. en su palacio de Madrid.

—El día 7 se intentó robar en la iglesia de san Sebastian. Parece que el ladrón se quedó dentro de la iglesia, y durante la noche debió despojar á la Virgen de la Misericordia, y por la mañana, tan pronto como observó que los dependientes estaban en la sacristia, se dirigió á ella para salirse y le detuvieron. El valor de las alhajas sustraídas, que han sido recuperadas todas, asciende á 3,043 reales. El reo se llama Pablo Recalde; ejecutó por sí solo el delito.

—Segun el nuevo y último plano de la Puerta del Sol, las dimensiones de esta plaza serán las siguientes: desde la esquina de la calle del Arrenal á la de Alcalá, 203 metros; desde la calle de la Montera á la de Carretas 70,70 metros que es el punto de la mayor curva. Donde dicha curva empieza, la anchura será de 47 metros.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

El circo de Price ha vuelto á recobrar nueva vida, gracias al refuerzo que ha recibido con la llegada del célebre gimnasta Mr. Barnes. Este artista, que da sobre el trampolín sesenta y ocho vueltas, cerca de veinte mas que las que daba, en el circo de la plaza del Rey, Mr. Franklin, ha llamado últimamente la atención con los innumerables y sorprendentes saltos que da en la batuda francesa. Tambien ha sido extraordinariamente aplaudido el nuevo artista José Feu, digno émulo de Frank Pastor, por la limpieza, agilidad y soltura con que trabaja en los ejercicios ecuestres. Restablecido además de su indisposición el menor de los hermanos Mariani, ha vuelto á presentarse estos días, en lo cual ha ganado no poco la empresa, puesto que con tales alicientes ha vuelto á recuperar el favor del público.

En el teatro de Jovellanos han continuado las

representaciones de *Zampa*, cuya delicada música se oye cada noche con mas gusto. Tambien ha hecho su primera salida en este teatro el nuevo tenor Sr. Cortabitarte, en la zarzuela *El Relámpago*, una de las mejores del maestro Barbieri.

El método de canto del nuevo tenor es bastante bueno, y le creemos de mas facultades que las que desplegó en la noche de su estreno, atendida la cortedad y el temor que experimenta todo el que se presenta por primera vez ante un público desconocido. Este lo comprendió así, y alentó con sus aplausos al nuevo artista. Esperamos que en las sucesivas zarzuelas en que vaya tomando parte, deponga toda cortedad á fin de que el público y la prensa le hagan completa justicia.

La empresa del teatro del Príncipe ha dirigido una comunicación á los periódicos, remitiendo á estos la lista de los artistas que actuarán en el espresado coliseo durante el próximo año cómico. Dicha lista presenta como primer actor y director de escena, á D. Manuel Catalina; como primera actriz, á doña Josefa Palma de Romea; como primeros actores, á los Sres. Calvo, Fernandez y Catalina menor; y como formando parte de la compañía, á las Sras. Cairon, Guijarro, Hijosa, Calvo, Guanter, Saavedra, Sampelayo, Valverde, Aya, Tutor, Zapatero, Martin, Pló, Valverde y Rodriguez, y á los Sres. Olona, Irosba, Molina, Sunyé, Aznar, Infantes, Mario, Guzman, Rodriguez y Martinez. En el cuerpo de baile figuran, como primer bailarín y director, D. Antonio Ruiz; y como primeras bailarinas, doña Concepcion y doña Dolores Ruiz.

En este teatro se han hecho algunas mejoras encaminadas á proporcionar comodidad al público. La primera producción con que este coliseo abrirá sus puertas, será con el drama traducido del francés, y titulado *La Novela de la vida*.

Tambien han empezado los trabajos de recomposición y adorno en el interior del Régio coliseo. El escenario va á sufrir una mejora conveniente, que le dejará mas espacioso y que mejorará las condiciones acústicas del salón. La compañía de ópera italiana está ya formada, y muy en breve publicará su lista la empresa. Aun no se sabe si vendrá Ronconi ó Corsi, el barítono del teatro de la Opera italiana de París; lo que no tiene duda, es que la Grissi y Mario figurarán en primer término, y que además formarán parte de la compañía la Srta. Sarolta, jóven cantante que hace poco ha comenzado su carrera artística en los teatros de París y Lóndres; la contralto Srta. Trevelli, el tenor Pavani, y los demás cuyos nombres citamos hace pocos días. El representante y director de escena, Sr. Ririni, ha desempeñado este cargo en algunos teatros principales de Italia, de los Estados-Unidos y de Inglaterra. Parece que este año oíríamos algunas óperas que no se han representado hace mucho tiempo, ó que no conocemos: entre ellas figuran el *Otelo*, el *Don Juan*, de Mozart, y algunas otras no menos afamadas. El abono se abrirá en cuanto se publique la lista de la compañía.

En nuestro próximo número completaremos las noticias de teatros, publicando las listas de los actores que han de actuar en Lope de Vega, en el circo de la plaza del Rey y Novedades.

NUMA.

La cualidad peor.



— ¡Derrochador presumido! con que todos los días calzoneillos limpios y nuevo gorro de dormir!
 — ¡Si hace dos semanas que no me los he mudado!
 — ¡Miente V.!
 — ¡Válgame Dios! qué cruz tan pesada es la del matrimonio si uno yerra la madera!
 — ¡Eh! qué estas murmurando, bribon!
 — Nada, pichona mía, que eres un ángel. (¡Lástima de rebenque!)
 — ¡Una mujer incomparable!
 — ¡Cuidado con eso; que á mí no me la pegas!

— ¡Qué basilisco me ha dado Dios por mujer!
 — ¿Qué dices de basilisco, mal hablado?
 — Basilisa, hija mia, Basilisa, he dicho.
 — ¡Mira, Onofre, que te vas volviendo muy malo! y quítatelo de la cabeza, conmigo no hay tu tia.
 — ¡Cuándo tocarán á descasar!
 — ¡Qué has dicho, retunante! bribon! libertino!
 — ¡Por Dios, Basilisa! ¿Qué tienes hoy?
 — ¡Los demonios en el cuerpo, y te voy á enterrar vivo!
 — (Es verdad).

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

The ways and means of payment, by Stephen COLWELL. Philadelphie, 1859.

Este libro trata de uno de los problemas mas importantes y mas complejos de la economía política. Contiene un análisis diminuto de los sistemas de crédito, y una sabia discusion de los varios sistemas monetarios. Despues de haber delineado la historia de los bancos y monedas en los principales países de Europa, emprende el

autor igual estudio acerca de las instituciones financieras de los Estados-Unidos, y nuestros economistas hallarán, sobre todo en esta parte del libro, una série de hechos y de observaciones muy útiles.

Traduction des Odes de Pindare, par J. F. VAUVILLERS. Un vol. in-8º; Firmin Didot.

J. F. Vauvillers, sabio helenista, era, á fines del último siglo, profesor de literatura griega, en el colegio de Francia, é ilustró estas funciones con una enseñanza brillante y trabajos notables. Uno de los apreciados y que ha sido repu-

tado digno de una reimpression, es una traducción de las odas mas notables de Pindaro, con análisis razonados, notas históricas y gramaticales, y precedida de un discurso muy ingenioso acerca del verdadero modo de traducir este poeta. A la cabeza del volumen figura una noticia acerca de la vida y obras del autor, que además representó cierto papel durante la revolucion, hasta el golpe de estado del 18 Fructidor, una de cuyas víctimas fué él.

Por todo lo no firmado, *Cárlos Bailly-Bailliere*, editor responsable y propietario.

SUMARIO. *El Señor Paincuit*, por Assardon, pág. 609.—*El Noble y el mendigo*, por la Sra. D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez, pág. 612.—*Viaje á China*, por Lord Macartney, pág. 616.—*Historia de la guerra de la independencia italiana*, pág. 618.—*Seccion religiosa*, pág. 620.—*Seccion científica*, pág. 620.—*Crónica estranjera*, pág. 622.—*Crónica española*, pág. 622.—*Revista de teatros*, pág. 623.—*Bibliografía estranjera*, pág. 624.

Advertencia importante. — La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra. — Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.